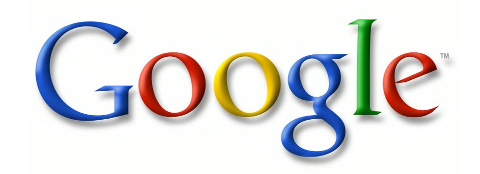
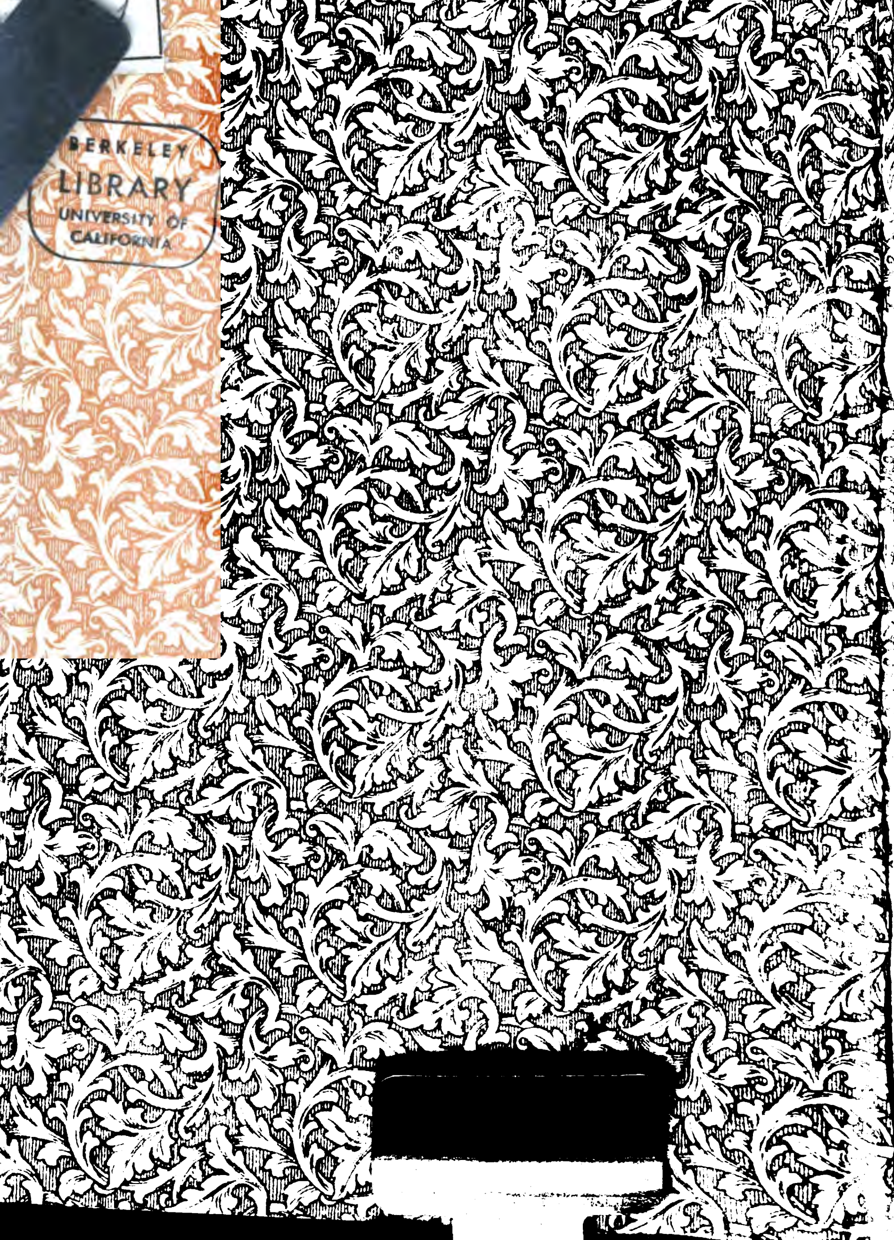
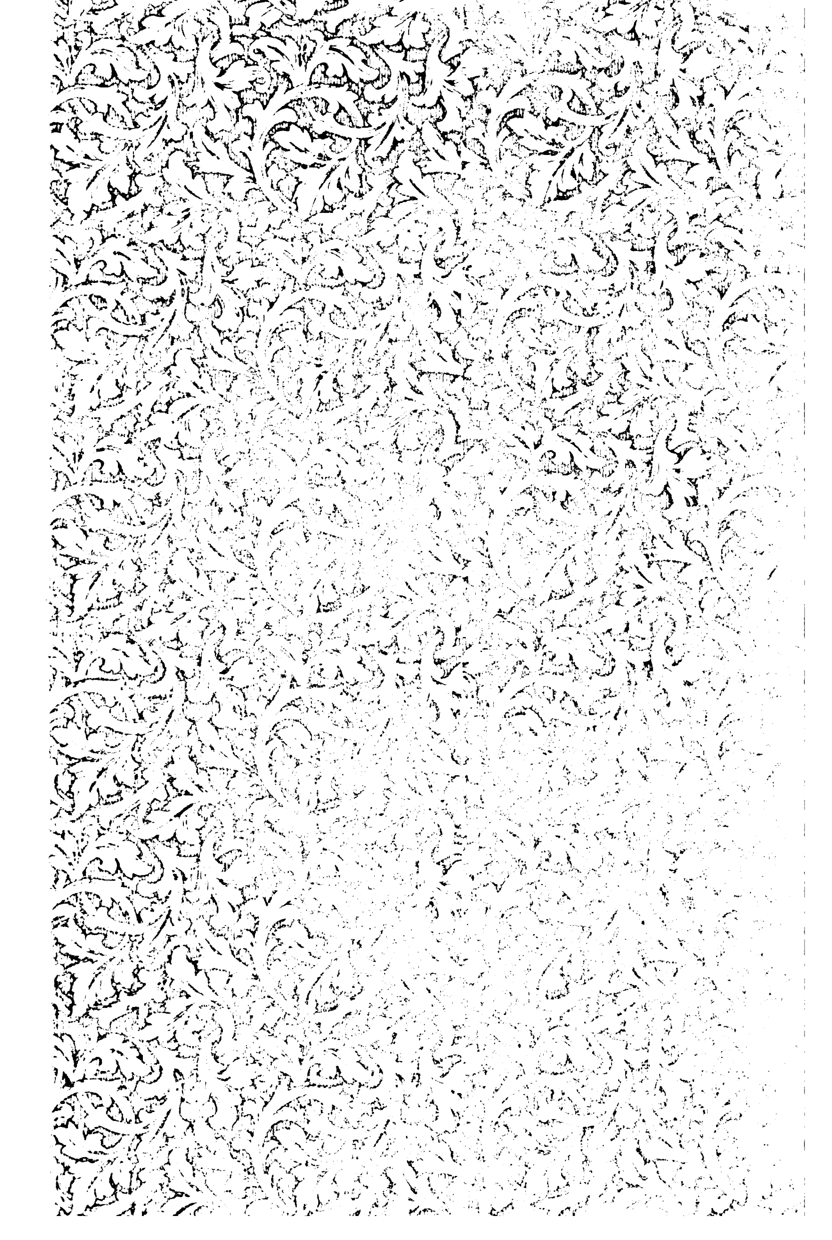
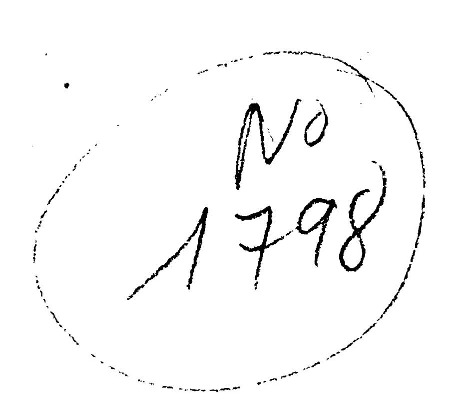
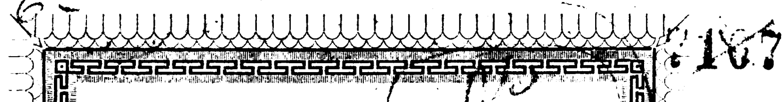

Google


UC-NRLF
$B 247 786


BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA




No
1798



EL SEÑOR DE LOS MILAGROS

POR EL

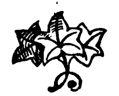
Pbro. JOSÉ LARGER

Ex-Teniente Cura del Socorro

FUNDADOR Y DIRECTOR

DEL

COLEGIO DE SAN ESTANISLAO

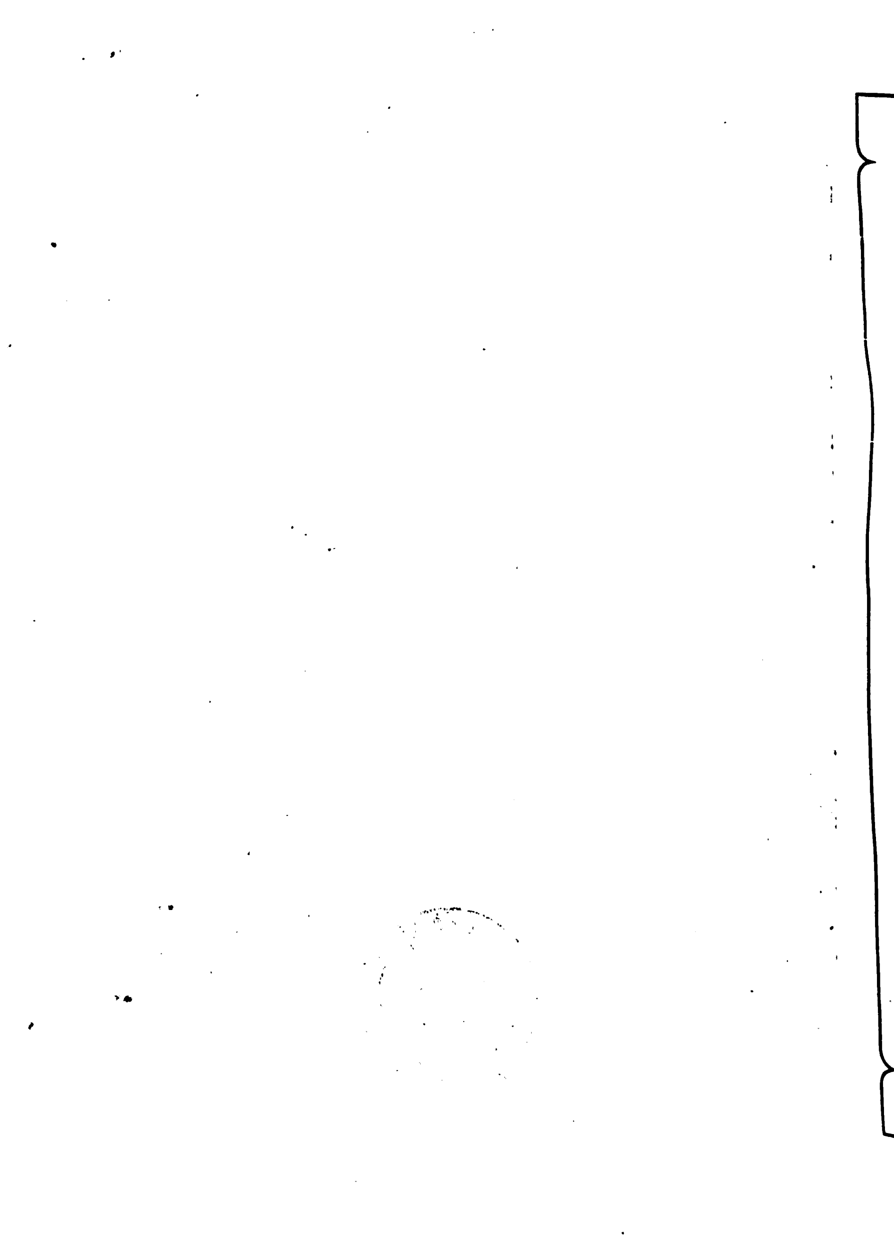


BUENOS AIRES

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

CALLE SAN MARTÍN, ESQUINA CANGALLO

1894



El Señor

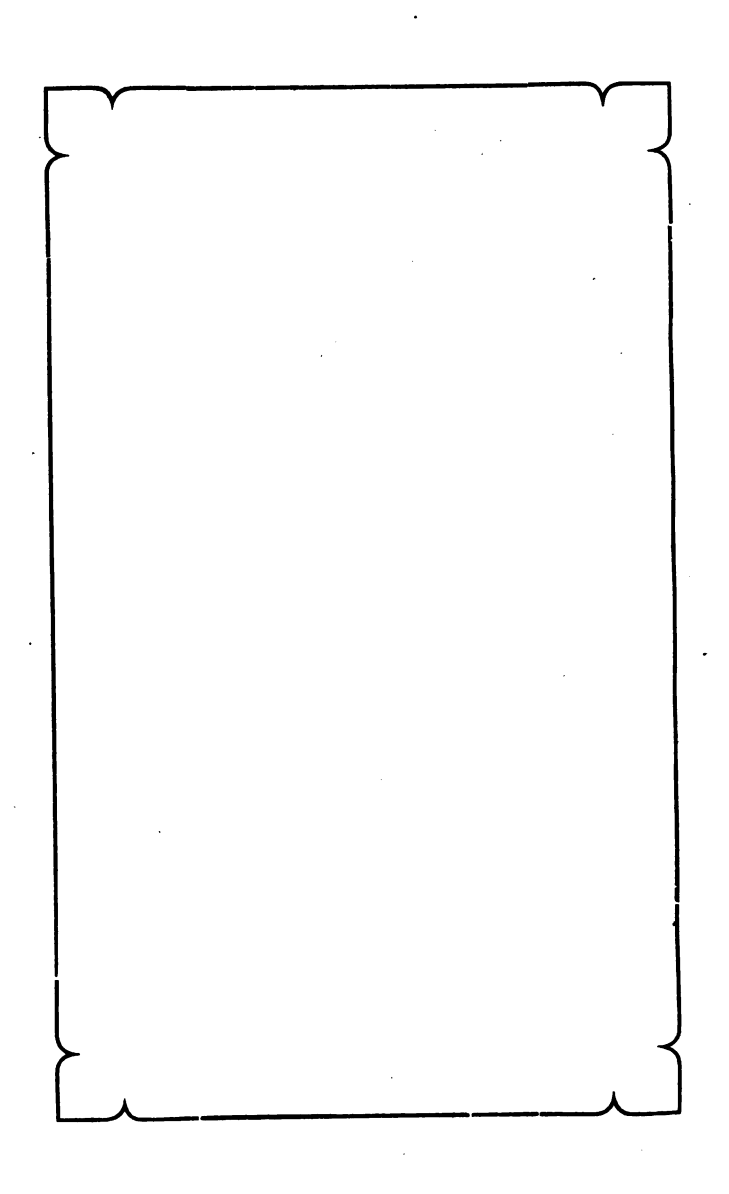
de los

Milagros

Buenos Aires, Agosto 1894

Parroquia del Socorro





EL
SEÑOR DE LOS MILAGROS

POR EL

Pbro. JOSÉ LARGER

Ex-Teniente Cura del Socorro

FUNDADOR Y DIRECTOR

DEL

COLEGIO DE SAN ESTANISLAO



BUENOS AIRES

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

CALLE SAN MARTÍN, ESQUINA CANGALLO

1894

Buenos Aires, 3 de Agosto de 1894.

Señor Fiscal Eclesiástico.

Sírvase V. S. informar sobre la presente obra titulada «El Señor de los Milagros», cuya publicación me ha pedido autorice el Pbro. José Larger.

✠ EL OBISPO DE ARSINOE,
Auxiliar de Bs. As.

Iltmo. Sr. Provisor y Vicario General.

He leído la obra cuyo informe me pide V. S. Ilma., y no encontrando en ella nada que se oponga al dogma y moral cristiana, creo que puede autorizarse su publicación.

Agosto 20/1894.

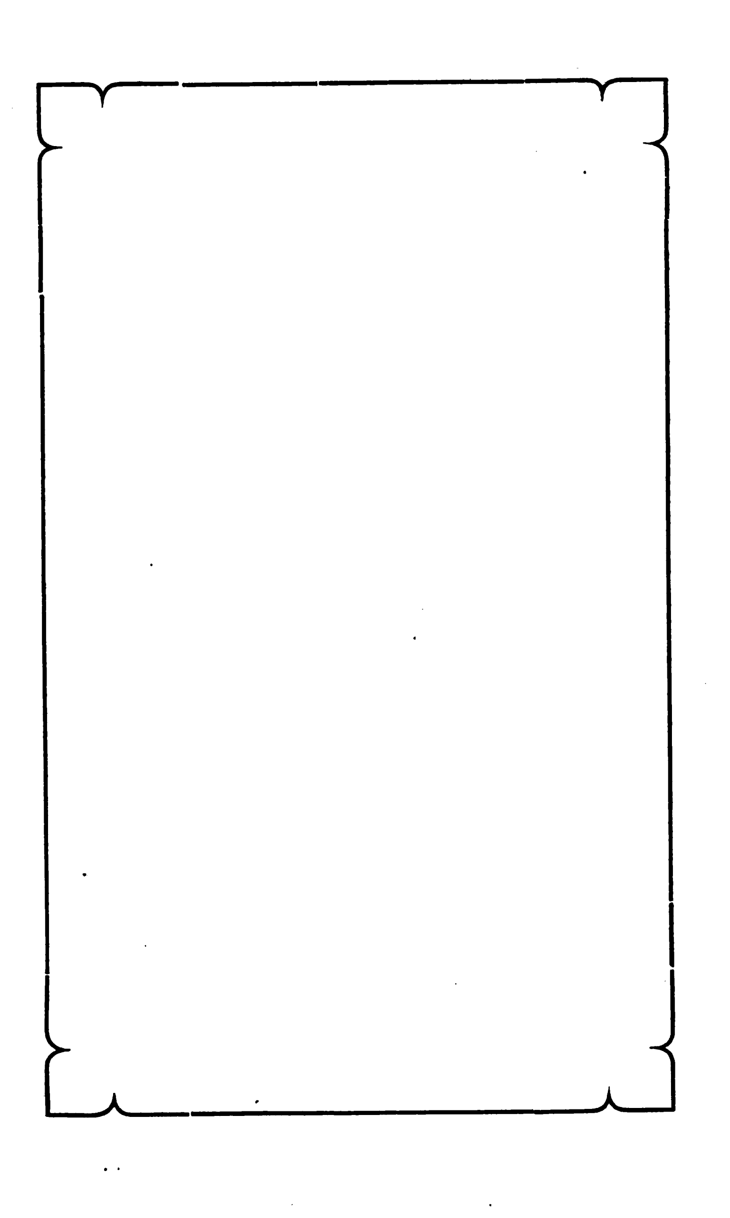
Terrero.

Buenos Aires, 21 Agosto de 1894.

Visto: Se concede la autorización solicitada para la publicación.

✠ JUAN A. OBPO. T. DE ARSINOE,
Auxiliar y Vicario General.







Al Ilustrísimo y Reverendísimo

Dr. D. Federico León Aneiros,

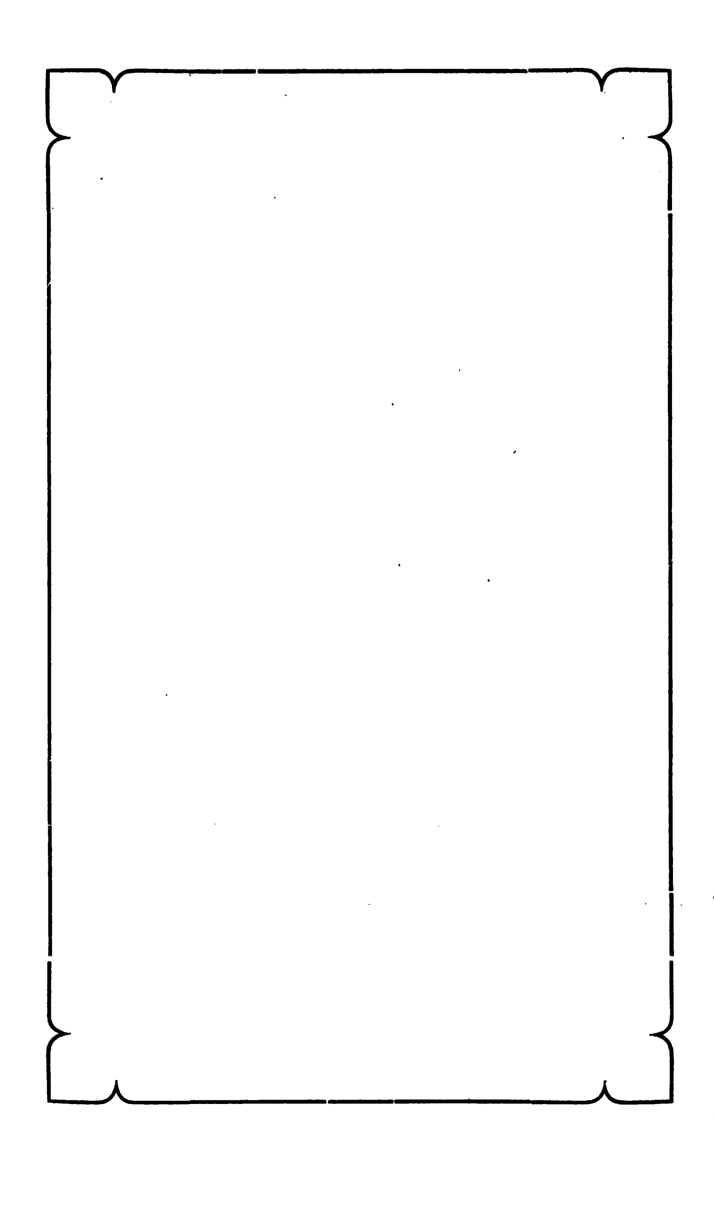
Arzobispo de la Santísima Trinidad de Buenos Aires,

Dedica este modesto trabajo

en prueba del respeto que le profesa su

humilde S. y C.

José Larger, Pbro.



PRÓLOGO

QUERIDO LECTOR Y HERMANO EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO:

Al proponerme escribir estos apuntes históricos del Señor de los Milagros, cuya efigie se venera en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Socorro de esta ciudad, dos han sido los móviles á cual más importantes que me han impulsado, bien distintos uno y otro de los que generalmente guían á quienes ofrecen al público algún fruto de su intelectual trabajo.

La mayor gloria de Dios y el bien de las almas es el primero y más principal de ellos; y, me valgo de este libro, por creer que, al difundir el conocimtento de los innumerables beneficios que el cielo ha dispensado á muchos fieles devotos del venerado Señor de los Milagros, es probable que aumente la devoción hacia éste, y que la piadosa flor de la fe cristiana dé más puro y fragante aroma.

El segundo móvil es el referente al punto de vista histórico-religioso del sagrado Cristo de que nos ocupamos, y tiene relación con el porvenir.

Digo que tiene relación con el

porvenir, porque no es inverosímil, y aun puede darse como probable, el suponer que dentro poco tiempo sea el Señor de los Milagros venerado de un modo más general y solemne; y sabe Dios si en lo futuro, su iglesia se convertirá en un santuario de gran nombradía, donde reciba la adoración de los fieles.

Y si est o sucediera: ¡Cuál no sería entonces el sentimiento de las almas religiosas, por no tener algunos datos sobre el origen de la imagen objeto de su veneración!

Además, sucede con los hechos históricos, como con los objetos materiales; á medida que están más

distantes de nosotros, se presentan más confusos y obscuros, y, por este motivo, ha resultado con algunas tradiciones que, al trasmitirse de generación en generación, han sido adulteradas, ya desfigurando algunos hechos, ya agregando ó suprimiendo otros; y todo esto ¿por qué? por falta de documentos fehacientes sobre las mismas.

A salvar estos inconvenientes viene, piadoso lector, este trabajo, debido casi tanto á otras personas como á mí mismo. Si el Señor Canónigo Honorario Pbro. Don José Apolinario de Casas, actual cura de la Parroquia, no me hubiese prestado su apoyo facilitándome las

noticias de que ha podido disponer; si las ancianas y respetabilísimas Señoras de Moranchel y García de Aparicio no me hubiesen favorecido con la relación circunstanciada de los primitivos hechos, así como también otras varias personas que me han proporcionado datos, es posible que mi buen propósito de escribirlo, no hubiese podido convertirse en realidad.

Complázcome, pues, en dar este testimonio de mi reconocimiento á todas las personas que con sus noticias han cooperado á esta piadosa obra.

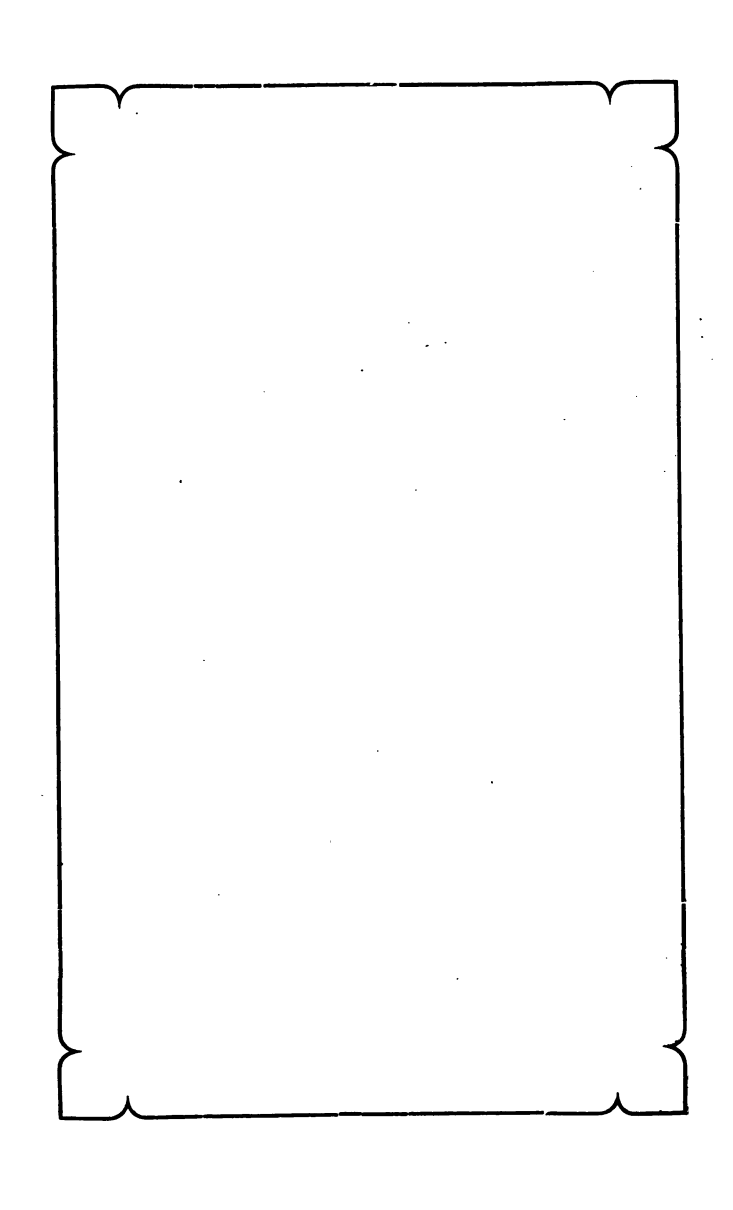
Al dividir este librito en dos partes, he tenido en consideración su

misma índole: he creído oportuno, ya que de la historia de un Santo-Cristo se trata, precederla de un suscinto relato sobre la excelencia de la devoción de la Cruz en general, y de una breve reseña de algunas de estas imágenes, lo cual forma la primera parte; y contiénese en la segunda todo lo referente á la procedencia y culto del venerado Señor de los Milagros, y á la infinidad de gracias obtenidas del cielo por medio de su invocación.

Quiera Dios conceder su bendición á este pequeño trabajo mío, haciéndole que contribuya á su mayor gloria, y al provecho es-

piritual de cuantos lo leyeren, con lo cual quedará colmado mi deseo, cuyo lema es: *Domine da mihi animas ad gloriam tuam et mihi sufficit.*





EXCELENCIA DE LA CRUZ

Desde el momento en que apareció el árbol santo de la Cruz sobre el Gólgota hasta hoy, ha sido para el cristiano el punto donde debe refugiarse en las tempestades de la vida, áncora de salvación en medio de los trastornos y agitaciones sociales, escudo invencible y fuerte armadura para repeler y dominar los asaltos de sus pasiones.

Así exclama el Padre San Ambrosio: « el triunfo de la misericor-

dia es lo que Jesús nos representa en la Cruz adorable».....¡Triunfo singular!

Los conquistadores de las naciones, los dominadores del mundo, cuando volvían victoriosos al Capitolio, llevaban en pos de sí tropas inmensas de soldados con las manos atadas sobre la espalda, reyes cautivos cargados de duras cadenas, y los despojos sangrientos de ciudades demolidas, de pueblos devastados y de imperios sepultados bajo sus mismas ruinas ¡tristes trofeos de su tiránica dominación y de su despiadada crueldad!

Jesucristo, en su triunfo, vence, por el contrario, reyes que, humilde

y voluntariamente adoran al vencedor, ciudades y pueblos enteros que, henchidos del más puro júbilo, corren en pos de la sagrada enseña de la Cruz, y cantan himnos y entonan las alabanzas del fortísimo Sansón que con su muerte les diera vida, y les franqueara las puertas de la celestial Jerusalén.

La Cruz, es además, la inconmovible roca, que, levantándose en medio del mar de los tiempos, divide lo antiguo de lo nuevo: por un lado convergen hacia ella todos los hechos del testamento viejo, y arrancan de ella, por otro, todos los del nuevo; es la fuente inagotable que mana á raudales la regeneración de

la humanidad, modificada por el benéfico influjo del cristianismo.

No es, pues, de extrañar que la Cruz ocupe en la historia lugar tan preferente: ella es la sublime cátedra desde la cual Cristo ha enseñado la abnegación y la caridad; la moral y el dogma se reaniman en ella; con ella en la mano predicaron los primeros apóstoles á nuestros padres el lenguaje del deber y de la verdadera virtud; y al pie de la misma, ante la sacrosanta imagen de un Dios muerto por salvar al mundo, es donde han aprendido los pueblos lo que no conocían ó habían olvidado ya; y son consecuencia también de la Cruz, el perdón de las

ofensas, la enviolabilidad de la vida humana, el respeto á la debilidad y á la desgracia, el espíritu de sacrificio y todos los grandes principios morales que constituyen la herencia de la civilización cristiana.

Al remontarnos al origen de todo lo que ha influido en nuestra superioridad moral, encontramos siempre la Cruz con sus elevadas lecciones y sus instrucciones fecundas. Si en la sociedad civil el poder público llegó á ser humano, generoso y bienhechor, es porque los Constantinos, los Luises, los Fernandos, los Enriques y los Eduardos llegaron á comprender, merced á las enseñanzas de la Cruz, que se debían á

sus pueblos, á la Religión y á su honor; y si el egoísmo antiguo cedió su puesto al reinado de la caridad, es porque, mirando la Cruz, los Domingos de Guzmán, los Franciscos de Asís, los Ignacios de Loyola, los Vicentes de Paúl y los Alfonsos de Ligorio y tantos otros, sintieron germinar en su alma el fuego de la caridad que en ella brilló con sus más vivos resplandores, y en ellos se manifestó con obras de abnegación, cuyos inmensos beneficios admira y admirará siempre la humanidad, aún la más impía y descreída.

Por esto Nuestro Señor Jesucristo dijo: «cuando seré levantado á lo alto de la Cruz, lo atraeré todo hacia

mí»; y verdaderamente es la Cruz el imán poderoso de todo lo bueno, de todo lo noble, y de todo cuanto de más sublime tiene el mundo.

La Cruz, instrumento de dolor y de suplicio, triunfó de los más grandes dolores, de los más atroces suplicios; en tanto que sin la Cruz ó lejos de ella, el sufrimiento irrita y enardece las almas y las precipita á la desesperación, este sagrado símbolo rompe, ó embota á lo menos, el aguijón del dolor, y á veces hasta hace desearlo, por saber que por este medio nos purifica el cielo de nuestras miserias.

¡Ah! ¿Quién podría decir cuántas lágrimas ha secado durante diez y

nueve siglos este santo emblema, y cuántas veces ha inspirado resignación á los que vivían en la desgracia? ¡Quién podrá decir cuántas almas ha sostenido en medio de su desfallecimiento! ¡Cuánta fuerza y valor ha comunicado á los que sufren y gimen bajo el peso de la tristeza y del dolor!

Cuando los mártires padecían las más crueles torturas por permanecer fieles á su fe, entre las llamas de las hogueras ó las garras de las fieras, se acordaban de la Cruz, y este recuerdo, sobreponiéndose á sus dolores, devolvía la sonrisa á sus labios y la serenidad á su frente.

Cuando la muerte despedaza nues-

tro corazón con despiadada saña; cuando los vientos de remotos países se convierten en mensajeros de la fatal nueva que ha de sumir en el desconsuelo á una familia; la esposa, la madre cristiana, se vuelven hacia la Cruz, y viendo al pie de ella á la Madre afligida que cambia con su Hijo moribundo la última mirada de ternura, hallan en la contemplación de estos sublimes dolores la fuerza que necesitan para sobreponerse al suyo.

Por esta causa el género humano mira con respeto y veneración este sagrado emblema, en el cual se reaniman y manifiestan el dogma, la historia, la moral y la civilización.

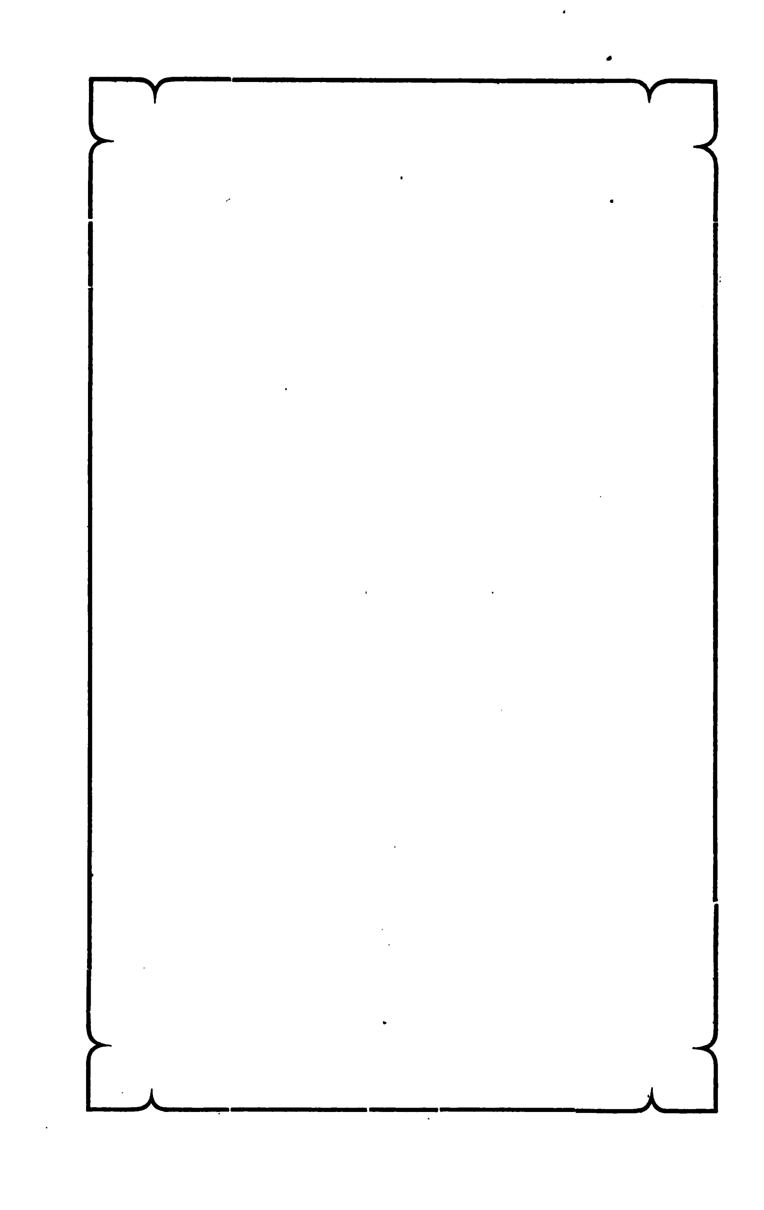
No obstante, y á pesar de esto, la Cruz ha sufrido en el transcurso de los siglos ataques de toda especie; pero cada lucha ha sido para ella ocasión de un glorioso triunfo.

Ella es signo de redención, por cuanto en ella, el género humano fué redimido; signo de vida, pues por ella viven la eterna vida de la gloria las almas que gemían en el seno de Abrahán; y es, finalmente, prenda y garantía segura de victoria, ya que, gracias al cruento sacrificio en ella perpetrado, puede el cristiano lograrla sobre las pasiones que tan fieramente le combaten.

Abracémonos pues, á este sublime símbolo, esperando así confiada-

mente la hora de recibir el galardón reservado á aquellos que han seguido la santa doctrina del que murió crucificado por amor á la humanidad.





TRIUNFO DE LA CRUZ

HABÍA sonado la hora señalada en los consejos eternos para que terminasen aquellas terribles persecuciones que, durante una dilatada infancia de tres siglos, sufría la Iglesia.

El primer instrumento de que se valió el Señor para el triunfo de la Iglesia Católica fué Constancio Cloro, padre de Constantino, quien era amante de la Religión de Cristo, y hasta, según quiere demostrar el historiador Eusebio, profesaba esta

doctrina y así lo había declarado públicamente.

Pero á quien se debió el que definitivamente cesaran aquellas horrorosas hecatombes de cristianos, contribuyendo poderosamente al triunfo de la religión del Crucificado, fué á su hijo Constantino.

En efecto; Majencio, que desde tiempo había formado el designio de apoderarse de las Galias, declaró la guerra á Constantino, so pretesto de querer vengar la muerte de su padre Maximiano Hércules, tratando de disfrazar con este subterfugio sus ambiciosas miras políticas.

Una vez declarada la guerra, de-

cidió Constantino salir al encuentro de su enemigo Majencio; y después de derrotar en varios puntos algunos cuerpos de ejército, que se oponían á su paso, prosiguió su marcha triunfal hasta presentarse en las mismas puertas de Roma, donde acampó frente al puente Milvio, hoy Ponte Mole.

Majencio, por su parte, habíase encerrado y fortificado en la ciudad de los Césares, en atención al vaticinio del oráculo, que había predicho su muerte si de ella salía; pero sus aguerridos generales sostenían el campo por él, guardando la parte exterior de la ciudad.

Cierto día, en que Constantino se

adelantaba al frente de un cuerpo de ejército hacia Roma, apareció en el cielo, á eso del medio día, una cruz radiante en la dirección del sol, sobre la cual se leía escrita con letras de fuego, esta animosa inscripción: *In hoc signo vinces,* con esta señal vencerás.

La portentosa aparición de la celestial cruz conmovió profundamente á Constantino, y á todo su ejército que de ella había sido testigo, según el mismo lo refirió después á Eusebio, Obispo de Cesárea.

Preocupado estuvo Constantino durante todo el día con el prodigio singular que presenciara; y aún no

había vuelto en sí de su asombro, cuando en la noche inmediata aparecióselе otra vez la misma cruz y también Jesucristo, quien, revelándole el sentido de la misteriosa aparición, le mandó tomar esta insignia como estandarte de sus ejércitos; y así lo verificó Constantino, figurando desde el siguiente día al frente de sus vencedoras huestes una bandera hasta entonces nunca vista.

Consistía esta en una larga pica de palo dorado, con un travesaño en forma de cruz en lo alto, pendiente de cuyos brazos flotaba un riquísimo tejido en el cual había una corona de oro y piedras pre-

ciosas en la parte superior, y en el centro, un monograma formado con las dos iniciales griegas del nombre de Cristo: tal era el famoso lábaro. El monograma y la cruz se colocaron también como remate, en el casco de todos los soldados.

Así la Cruz, tenida anteriormente por el más oprobioso é infamante instrumento de suplicio de viles criminales, triunfa por fin del mundo, después de tres siglos de vilipendio, odio y presecución encarnizada; es considerada como signo de respetuosa veneración; y se convierte en estandarte de las legiones romanas, mientras se aproximaba el día en

que este símbolo de redención fuese adorado por una gran parte de la humanidad.

Amparado bajo los brazos protectores de la divina cruz, preparó Constantino los pormenores de aquella importantísima y memorable batalla, en la cual quedó resuelto el porvenir de un imperio, la preponderancia de una religión. Allá, ante el puente Milvio, en las orillas del famoso Tíber, á la vista del histórico Capitolio encontráronse frente á frente dispuestos mutuamente á aniquilarse, dos mundos y dos cultos: El caduco Imperio Romano con su idolatría, y el nuevo de Constantino con la religión católica.

Hallábase el mísero Majencio, desde que los ejércitos de Constantino aparecieron ante los muros de Roma, encerrado dentro de ellos, interrogando anhelosamente los libros de las sibilas, sacrificando leones en honor de sus mentidos dioses, y apurando todas las ceremonias propias de la superstición idolátrica. Los valerosos legionarios Romanos al frente de sus invencibles huestes, formaban alrededor de los altares de sus antiguos dioses del monte Janículo, en cuyo nombre habían conquistado antes casi la totalidad del mundo conocido; pero en vano fueron aquellas súplicas, inútiles los sacrificios: la

Cruz aplastó á los viejos ídolos, las águilas romanas fueron destrozadas por los portadores de este victorioso estandarte, y el poderoso imperio de Majencio, destruído y reducido á polvo, en la memorable batalla de Accio.

Esta tuvo lugar el 28 de Octubre del año 312 de nuestra era; y en ella dió pruebas el gran Constantino de su genio militar, pues por medio de hábiles combinaciones en la colocación y distribución de su ejército, contrarrestó la superioridad numérica de las fuerzas de Majencio.

Al primer choque fueron estas desechas y destrozadas, quedando sobre el campo de batalla los más

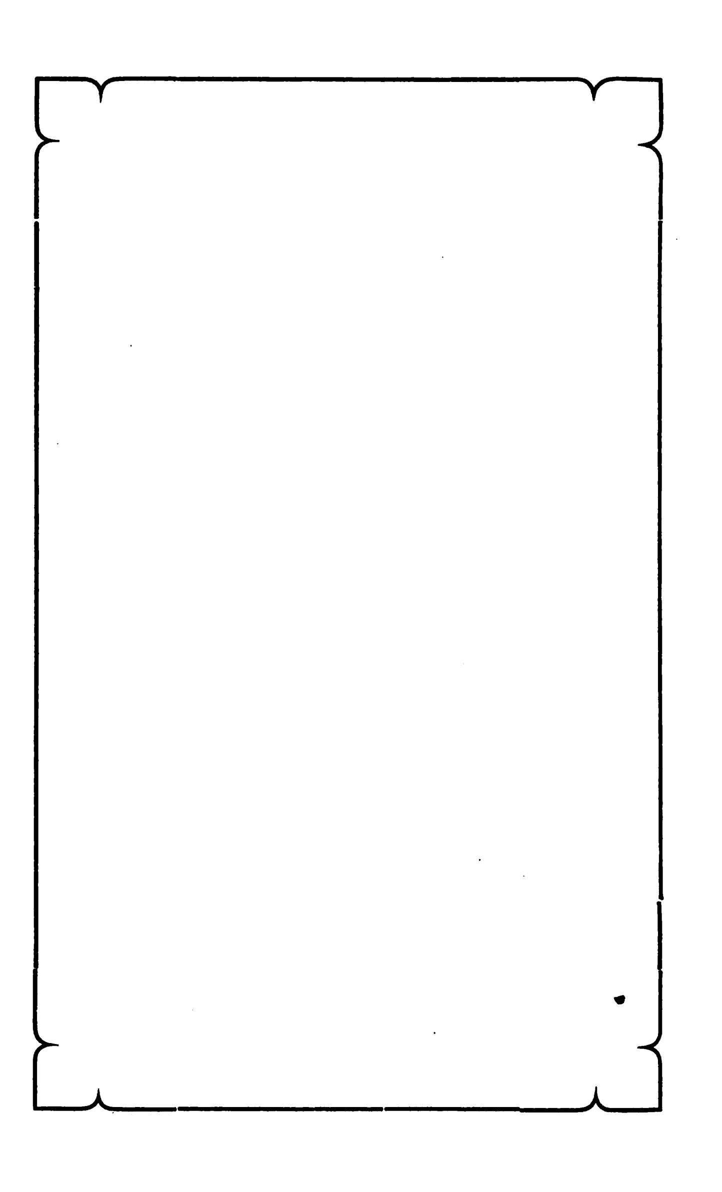
valerosos y denodados; y al iniciarse de esta manera la derrota, los sobrevivientes soldados romanos se dispersan despavoridos, y locos de terror se arrojan á miles en el Tíber con la precipitación de su fuga.

Majencio, entre tanto, viendo aniquilado su ejército, emprende presurosamente la fuga; y derrumbándose á su paso el puente que había mandado construir sobre el río, á causa de la multitud inmensa de fugitivos en él aglomerada, pereció ahogado en sus aguas, con la misma muerte que tenía reservada á su adversario Constantino.

Así quedó enterrado en las revueltas ondas del Tíber, junto con

miles de víctimas, el poderío de Majencio, la corrupción y supersticiones de su imperio; y así se cumplió también la promesa hecha por Dios á Constantino, quedando el lábaro victorioso.





HALLAZGO DE LA CRUZ Y SU EXALTACIÓN

ORIGEN DEL CULTO DE JESUS CRUCIFICADO

SIEMPRE han sido objeto de gran devoción por parte de los cristianos, los lugares que santificó Jesucristo con su preciosa sangre. Desde el principio del cristianismo, los fieles de todos los países se dirigían ya á la Palestina, para orar en el mismo sitio donde se verificó la redención de la humanidad.

Pero, en esas piadosas excursiones, echóse de menos en el trans-

curso de tres siglos, una de las más preciosas reliquias de la pasión y muerte de Nuestro Salvador: la verdadera Cruz en que fué enclavado y donde consumara el sacrificio de su vida.

Si el gran Constantino fué el héroe del triunfo de la Cruz, si á éste se debe la suplantación de los viejos dioses de la antigua Roma, por el Dios de la religión cristiana; también su madre, la insigne Santa Elena, intervino de un modo importantísimo en la Historia de la Sagrada Cruz.

En una peregrinación que, en los últimos años de su vida, hizo á Jerusalén esta anciana y piadosa

emperatriz, tuvo la suerte sin igual de encontrar en una gruta próxima al monte Calvario, el sagrado madero en que murió Jesús.

Con este motivo, la Iglesia celebra el día 3 de Mayo la fiesta de la Invención de la Santa Cruz.

Posteriormente, á principios del siglo VII, el imperio griego fué invadido por los persas, quienes en 613 se apoderaron de algunos Estados; y viéndose entonces el emperador Heraclio I reducido al último extremo, había ya resuelto trasladar su trono á Cartago.

En vista del peligro que esta invasión ofrecía para los cristianos, su patriarca Sergio prestó á Hera-

clio los auxilios necesarios para oponerse á Cosroes II, rey de los persas, quien había jurado no dejar en paz á aquel emperador hasta que no abrazase la religión del sol, renunciando á la del Crucificado.

Con los tesoros facilitados por Sergio, pudo Heraclio armar un poderoso ejército, con el que atacó y derrotó á los persas, y recobró parte de los Estados que antes había perdido.

Las victorias logradas por Heraclio, desde 622 á 628, fueron causa de que Cosroes fuera destronado y condenado á muerte por su propio hijo Siroes, quien, para concluir de una vez la guerra con Heraclio,

vióse obligado á firmar un tratado, por el cual volvían á recobrar los dos Imperios, griego y persa, sus antiguos límites, devolviendo los infieles á los cristianos la Sagrada Cruz de Cristo, que por espacio de catorce años habían tenido aquellos en su poder guardada en Cresifón.

La fiesta de la Exaltación de la Cruz, que celebra la Iglesia Católica con rito doble mayor, el día 14 de Septiembre, conmemora también este fausto acontecimiento.

Mas no se crea que el culto de la Cruz data de esta fecha, pues es mucho más antiguo; pero fué precedido con anticipación por el del Sagrado Crucifijo, cuyo origen se

remonta casi á los mismos principios del cristianismo.

En efecto, apenas Jesús había ascendido á los cielos, después de su gloriosa resurrección, cuando Nicodemus, uno de los que desclavaron el Divino Cuerpo del sacro leño, esculpió una imagen representativa de Dios Crucificado; pero, faltándole aun la cabeza, fué interrumpido en esta obra por un sueño profundísimo, á cuyo despertar encontróla ya del todo terminada.

Afirma la tradición respecto á este particular, que la cabeza de tan portentosa imagen es obra de los ángeles; y, efectivamente, quien haya tenido ocasión de admirarla, echará

de ver al momento que la mano que fabricó el tronco, no debe ser la misma que ejecutó aquella divina cabeza que sobrepasa en perfección á todo ideal artístico.

Dicha imagen fué bendecida por San Pedro, y adorada por la Santísima Virgen con todos los Apóstoles; permaneciendo en Jerusalén ocultamente venerada hasta el año 45 de nuestra era, en que los cristianos abandonaron dicha ciudad, y la llevaron consigo á la de Berito, donde fué objeto de culto particular hasta el año 765.

Á partir de esta fecha, se tributó ya á la imagen culto público en la expresada ciudad; y en una de las

excursiones conquistadoras de los moros á Berito, que tuvieron lugar en los siglos XII y XIII, fué, según opinión de los historiadores, arrojada al río Adonis, que baja del monte Líbano, yendo á parar al Mediterráneo.

¿Qué se hizo entonces el Cristo de Berito? ¿se perdió definitivamente joya tan preciada? No es de suponer que esto consintiera la Divina Providencia; antes al contrario, la coincidencia de las fechas da motivo á suponer que dicha imagen es la misma que se venera hoy en Balaguer, pequeña y antiquísima ciudad de la diócesis de Seo de Urgel en Cataluña.

Varios cronistas é historiadores respetables refieren poco más ó menos el siguiente hecho de esta manera: « Sucedió á fines del siglo « XIII la prodigiosa aparición de « la imagen de un Santo Cristo que, « subiendo contra la corriente del « río Segre, llevando velas encendi- « das en los brazos y pies, y acom- « pañado de angelicales músicas. « vino á situarse á la vista del con- « vento de monjas de la Virgen del « Matá ».

« Acudieron los de la ciudad para « tomarlo, y, estando ya esos allí, se « apartó por el agua adentro; enton- « ces bajaron las religiosas claus- « trales franciscanas del expresado

« convento, y se dejó recibir la santa
« Imagen por la abadesa, la cual,
« acompañada de todo el pueblo,
« subióla procesionalmente al mo-
« nasterio, donde la colocaron en
« una capilla de la iglesia, á la parte
« de la epístola; siendo trasladada
« mucho después, al altar mayor
« que hoy ocupa, en presencia del
« rey Felipe IV, de su hermano el
« infante Don Carlos, del conde du-
« que de Olivares y otros muchos
« grandes de la corte, en 22 de
« Mayo de 1622 ».



Batalla y Cristo de Lepanto

A LA espléndida victoria de Constantino en Accio y á la serie de las ganadas por Heraclio I contra Cosroes II, hay que agregar otro hecho de armas no menos trascendental: la gloriosa batalla de Lepanto.

Estos acontecimientos bélicos ocupan en la historia un lugar tan señalado, por cuanto han sido factores importantísimos de la civilización

y del progreso de la humanidad.

En efecto: si el poderoso genio de Constantino no hubiese detenido la marcha ruinosa del disgregado y decadente imperio romano, habría probablemente llegado éste á su total ruina, invadido y devastado por las hordas salvajes de que hubiera sido presa; si las innumerables falanjes persas, acaudilladas por su rey Cosroes II, hubiesen logrado apoderarse del imperio de oriente, la brillante cultura griega habría quizás desaparecido envuelta en el torbellino del fanatismo religioso y del exclusivismo político y social de aquel pueblo de los confines orientales; y, finalmente, si la, al pare-

cer, invencible armada de Selim II no hubiese sido derrotada por las escuadras cristianas, en el golfo de Lepanto, el imperio turco, como devastador torrente, habría extendido su dominación sobre gran parte del mundo civilizado, ahogando, en su autocratismo político y en su intransigencia muslímica, todos los gérmenes de la civilización griega y romana benéficamente modificadas por el Cristianismo.

Aunque la batalla de Lepanto no es un hecho en que se vea directamente la intercesión de la Santa Cruz, pues su éxito es debido á la protección de la Virgen Santísima, merece, no obstante, ser menciona-

da, no sólo por la importancia histórico-religiosa que reviste, sino también por el milagro obrado por Dios en lo más fragoroso de aquel combate.

Hallábanse los turcos á principios del siglo XVI enorgullecidos con las espléndidas victorias obtenidas sobre los cristianos; y el sultán Selim II había resuelto apoderarse de los Estados Pontificios, y convertir la suntuosa Basílica de San Pedro de Roma en templo del falso profeta.

Ante peligro tan inminente para la religión, el católico monarca español Don Felipe II puso á la disposición del Santo Padre entonces

reinante Pío V, una escuadra, para oponerla junto con la de los Estados Pontificios y la de Venecia, á la poderosa de los turcos, mandada por Alí-Bajá.

La flota cristiana, á las órdenes de Don Juan de Austria, se encontró con la turca, en el golfo de Corinto, formado por el mar Jónico en las costas de Grecia; y el 17 de Octubre de 1571 tuvo lugar aquel formidable encuentro, en que los cristianos, á pesar de su inferioridad numérica, derrotaron completamente á los infieles, destruyendo con este hecho el inmenso poder del Gran Sultán.

Durante este combate naval suce-

dió un milagro, de cuya autenticidad no es posible dudar.

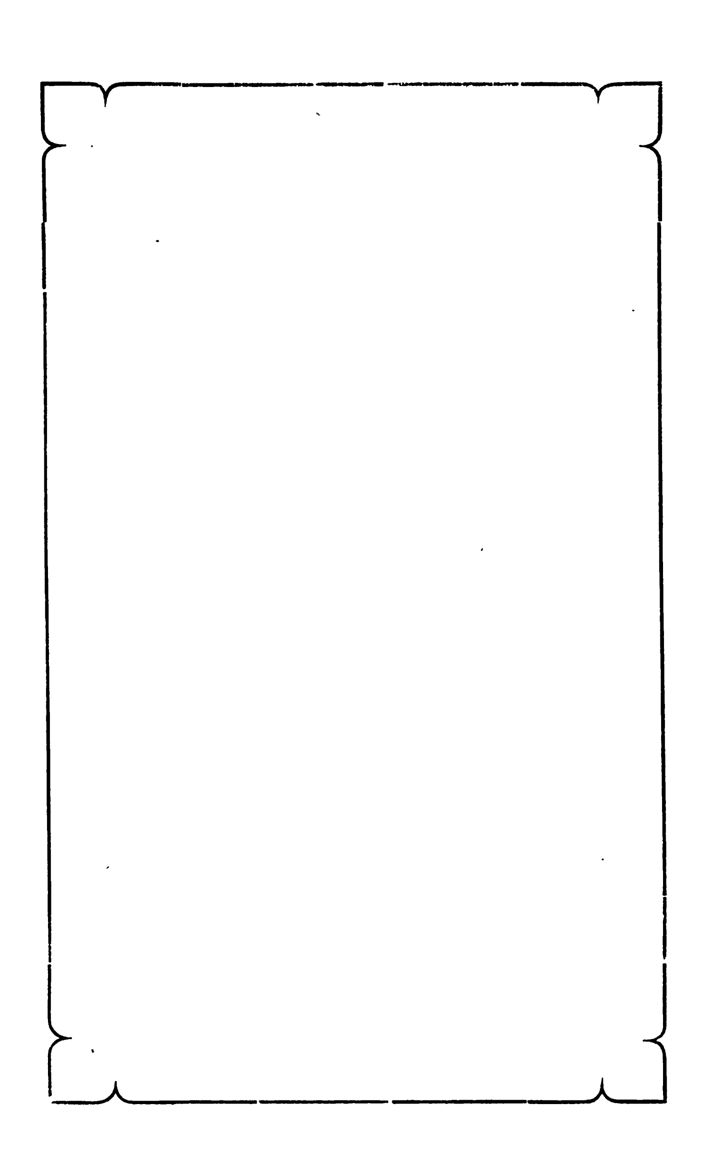
Había en uno de los sitios más elevados de la nave capitana á bordo de la cual iba Don Juan de Austria, una imagen de Jesús crucificado, en defensa de cuya religión tan denodadamente pelearon los héroes de aquella inmortal jornada.

En lo más recio y encarnizado de la lucha, un proyectil disparado de las naves musulmanas, iba directamente á chocar con el cuerpo de la sagrada imagen, la cual, entonces, como si temiera la profanación de aquel objeto procedente de manos herejes, inclinóse hacia un lado, para que el proyectil pasase sin to-

carla; y en esta posición se conserva aun hoy mismo.

Al regresar la escuadra vencedora á España, después de esta gloriosa expedición, el primer puerto á que arribó fué el de la ciudad Condal de Barcelona, donde se ordenó que el prodigioso Cristo fuera llevado procesionalmente á la catedral; y en ella se conserva esta milagrosa imagen, que todo el mundo conoce y venera bajo la histórica advocación de «El Cristo de Lepanto».





Procedencia del Señor de los Milagros

·o·

Aunque el culto que debemos á Dios no está ligado á un sitio más que á otro, pues, según dijo el mismo Salvador, en todo lugar pueden y deben adorarle en espíritu los verdaderos fieles, sin que sea menester subir al monte ó ir á Jerusalén con este fin, ya que en todas partes está presente; quiso, no obstante, el Señor elegir en

la tierra algunas imágenes de especial devoción, escoger determinados sitios donde se le ofreciesen sacrificios, y tener entre nosotros, por decirlo así, algunas casas en qué recibir nuestras visitas, oir nuestras súplicas, y admitir y despachar favorablemente nuestras peticiones.

Así escogió el monte Moriah, què significa monte de visión, para que Abrahán sacrificase en él á su hijo Isaac; y fué más tarde su voluntad que en aquella alta montaña se le honrase y glorificase de un modo especial, por lo que inspiró á Salomón la piadosa idea de erigir un magnífico y suntuoso templo, que

fué la admiración del mundo antiguo.

La cúspide del Moriah debía ser testigo de la primera víctima inmolada por el Patriarca de los creyentes; mas óyese de pronto la potente voz del Angel que detiene la mano del sacrificador, y la víctima se ve libre... ¡Oh! ¿Cuál fué el afecto nacido en el corazón de Isaac por aquel sobrenatural prodigio? el de consagrarse por completo á Dios, que de una manera tan extraordinaria hiciérale conocer su bondad; ese es el sentimiento que nace en un alma agradecida al recibir cualquier beneficio, y así lo vemos brillar en la frente de los verdaderos

cristianos luego de haber obtenido algún favor especial de la Providencia.

También quiere Dios muchas veces hacer de tal ó cual efigie, un medio directo para alcanzar de su divina misericordia lo que necesitamos, auxiliándonos, por mediación de la misma, en los momentos supremos de particular aflicción, de angustia en la familia, ó cuando alguna calamidad pública azota una villa, ciudad ó provincia: tal ha sucedido con aquella cuya historia nos ocupa.

Es digna de notarse la especial predilección que Dios ha manifestado con frecuencia hacia los

humildes, tocante á milagrosas apariciones, y hallazgos de imágenes que han sido luego objeto de gran veneración, con lo que parece ha querido premiar la inocencia y sencillez de costumbres de estos.

El modo como empezó el culto del Crucifijo, que hoy veneramos en la iglesia de Nuestra Señora del Socorro, de esta capital, bajo la piadosa advocación de Señor de los Milagros, viene á corroborar este aserto; pues, queriendo, á principios de este siglo, dar la Divina Providencia una nueva prueba del infinito amor que á la humanidad profesa, dotando á Buenos Aires de una imagen milagrosa, valióse para

ello de personas de muy modesta condición social.

Aunque en rigor no es posible fijar con absoluta precisión el origen del Cristo nombrado, se puede suponer con bastante fundamento que perteneció á alguna de las iglesias ó capillas de las Misiones, devastadas unas y destruídas otras, á causa de los trastornos políticos acaecidos en aquel territorio durante el último cuarto del pasado siglo.

Confirman esta idea la ejecución de la obra, comparada bajo el punto de vista artístico, con otras efigies aún existentes en templos de poblaciones limítrofes con aquella región, y el hecho de que, poco después de

esa época, fuera precisamente dicho Cristo traído á esta capital, junto con algunas imágenes y varios otros objetos, por un indio tape procedente de las provincias del litoral.

La persona portadora de tan rica joya fué á parar, como por inspiración, en la manzana delineada hoy por las calles del Cerrito, Santa Fé, Libertad y Arenales, en donde había algunos ranchos, uno de los cuales era habitado por los padres de Don Santiago Rivero, consorte de Doña María del Tránsito Matienzo, personas de modesta posición y de recta conciencia y patriarcales costumbres.

Mostró el indio á los Rivero los diversos objetos que traía, por si había algo que les conviniera; y al mirar la esposa las matras y demás artículos que se le ofrecían, le llamó la atención un lío cuidadosamente envuelto, por cuyo contenido preguntó con curiosidad al portador—Oh!, dijo este, ¡aquí hay una cosa muy buena!—mientras sacaba con gran precaución la envoltura que cubría la santa imagen de Jesús crucificado.

Quedó la señora Rivero admirada al verlo; y en seguida invadió su alma el más vehemente afán de adquirir aquel Crucifijo, causa de su femenil curiosidad, y que por tan

singular conducto llegara hasta sus manos; y manifestando tal deseo á su esposo, la disuadió éste, alegando la suma pobreza en que se hallaban.

No obstante, la idea de poseer la imagen que el indio le mostrara, se apoderó de la voluntad de la religiosa esposa Rivero, y absorvió por completo su pensamiento; así que cuando tuvo oportunidad de hablar nuevamente con el poseedor del Crucifijo, preguntóle con el mayor interés la retribución que por él deseaba.

Seguramente no fué el indio muy exigente sobre este punto, motivo por el cual la mujer reiteró con el

marido la petición anterior, referente á la adquisición del Cristo, que fué nuevamente rechazada, so pretexto siempre de la escasez de sus medios de subsistencia.

Como acontece á las almas bien templadas, que, cuanto más insuperables parecen los obstáculos que á sus designios se presentan, tanto mayor es el interés y empeño que ponen en su logro; así la señora Rivero no se dió aún por derrotada con la segunda negativa con que fué nuevamente acogida su pretensión, sino que, con una pertinacia y constancia digna de tan buena intención como la suya era, insistió más y más con su esposo.

Visto esto por el indio, y deseando contribuir por su parte á la realización del deseo de la cónyuge Rivero, ofreció entregarles el Santo Cristo por un objeto de pertenencia de los consortes y veinte reales plata, indicándoles al mismo tiempo que, si ni siquiera poseían tan insignificante suma, no faltarían en el vecindario personas que se la facilitaran en todo ó parte de ella.

Consintió por fin el marido, y salió la señora apresurada en busca del dinero preciso para la adquisición, y regresando al instante, entregó el importe, y exclamó llena de júbilo, dirigiéndose á su esposo: «¡Dios no nos abandonará!» con-

templando en su poder el objeto de tantos anhelos.

De lo que acabamos de exponer se deduce, con el auxilio de la fe, que Dios quiso valerse de estos medios para que este Crucifijo quedase en Buenos Aires, donde fuese objeto de un culto y veneración especial, y para manifestar la inmensidad de su misericordia.



ORIGEN DEL CULTO

CUANDO la imagen del Señor Crucificado estuvo ya en poder de los mencionados esposos Rivero, la instalaron en su vivienda lo más decorosamente posible, á cuyo fin arreglaron con chala un nicho ó templete en el cual fué colocada, encendiéndose algunas velas á sus pies.

Los vecinos del barrio, que ha-

bían contribuido con su óbolo á la adquisición del Sagrado Crucifijo, acudieron muy presto á él, dirigiéndole sus fervientes oraciones; y, al comunicar á sus conocidos la existencia del mismo, iba aumentando día á día el número de fieles, y tomando mayor vuelo la devoción hacia la Santa Imagen.

Por esta causa, tuvieron los consortes que abandonar en parte sus anteriores ocupaciones, para atender al culto que se rendía al Sagrado Cristo cuyos dueños y celosos guardianes eran.

Entonces fué cuando empezaron á cumplirse las palabras de la Escritura: «Dios proveerá», pronun-

ciadas por la buena señora, con verdadera fe religiosa, en el momento de recibir en sus manos la Sacra Imagen, pues los dones, ya de velas, ya de dinero, que recibían los esposos de los fieles, eran bastante abundantes.

Esto permitió que el culto aumentara progresivamente en importancia, y contribuyó á que fuera cada vez mayor la concurrencia que acudía al rancho con el fin de postrarse ante el objeto de su devoción, y á que fueran más cuantiosas también las ofrendas de los devotos, por cuyo motivo, los poseedores de aquella concibieron la idea de adquirir los terrenos colindantes, para edifi-

car en ellos una casa en condiciones apropiadas en que recibir á las muchas personas que á visitar el Santo Cristo acudían.

Este proyecto fué convertido luego en realidad, levantándose la casa situada aproximadamente en lo que es hoy esquina de Santa Fe y Cerrito, en la cual se instaló más convenientemente la Santa Imagen, siendo en ella objeto de más aparatoso culto, pues las oraciones y rezos que en la primitiva morada eran tan humildes y sencillos, hiciéronse desde entonces con mayor solemnidad.

Y en confirmación de este aserto, la Señora Dionisia Moranchel, que aun vive, nacida en Abril del año

1798, hija legítima de los cónyuges Don Pedro Moranchel natural de Castilla la Nueva, y de Doña Gregoria Gutiérrez, argentina, atestigua que, según muchas veces lo oyó referir á su señora madre, ésta y otras varias personas de su relación se reunían para ir á rezar el Rosario, la Adoración de la Cruz, la Vía Sacra, y hacer otras devociones ante el Cristo, al que consideraban ya como Crucifijo de indulgencias y muy rico en especiales privilegios.

La anciana Señora Josefa García de Aparicio (1) atestigua también sobre la exactitud de los datos refe-

(1) Esta señora ha fallecido últimamente el día 29 de Julio del corriente año.

rentes al origen y primer culto dado al Señor de los Milagros, durante el tiempo en que era custodiado por los mencionados esposos Rivero, habiendo sido informada respecto á estos particulares por la señora Francisca Ranchel de Fraga, que nació, y residía en la parroquia del Socorro en aquella época, y concurrió muchas veces á la capilla donde se veneraba la Santa Imagen.

Las familias de Moranchel, de Viejobueno, de Araujo, de Arroyo, de Segismundo, de García, de Rodríguez, de Mesa y otras, que habitaban entonces aquel barrio, concurrieron repetidamente á la casa de los Rivero, á rendir el homenaje

de su piedad cristiana ante el Señor que tanta fe y confianza les inspirara desde los primeros tiempos, para lograr del cielo, por su mediación, cuantas gracias y favores solicitaban.

Pero lo que más contribuyó á propagar la devoción del Santo Cristo fué un suceso, que puede considerarse como causa de la advocación de Señor de los Milagros bajo la cual hoy le veneramos.

El hecho fué el siguiente: Entre las muchas personas que acudían á implorar el divino auxilio por mediación de la Santa Imagen, presentóse una, cuyo nombre no ha sido posible averiguar, solicitando

alguna gracia especial muy importante; y como fuera atendida su petición por el Señor, que le concedió inmediatamente lo que pedía, exclamó: ¡milagro! á cuya exclamación asintieron los demás circunstantes, enterados que fueron del caso.

Poco después se logró la curación de un enfermo, invocando también la protección de Dios por medio del Señor de los Milagros.

Estos hechos repercutieron con prontitud en toda la ciudad, motivo por el cual aumentó de una manera considerable el número de los fieles visitantes de la milagrosa Imagen, siéndoles á muchos imposible pe-

netrar en la pieza donde estaba la capilla, y aún algunas veces en la misma casa; y las limosnas en dinero, ofrendas de velas y adornos para el altar, y donativos de trigo para los esposos fueron en consecuencia mucho más abundantes y cuantiosos.

La vivienda de los Rivero, según testimonio de las ya nombradas Sras. de Moranchel y García de Aparicio y otras, habíase convertido en un santuario al que acudían los devotos, no sólo de Buenos Aires sino de otros pueblos de la provincia, con preferencia á la iglesia parroquial de aquel barrio, que, en aquella época, dicho sea de pa-

so, era sólo una pequeña capilla.

El Pbro. Dr. Don Manuel Ochogavía, que fué cura párroco de Ntra. Sra. del Socorro desde el año 1797 hasta el año 1826, tuvo conocimiento del culto que se rendía al Señor de los Milagros, en la morada de los esposos Rivero, y de los portentosos hechos que, además de los ya narrados, se le atribuían públicamente.

Consultó con el prelado diocesano Ilustrísimo Dr. Don Benito Lué y Riega, sobre la conveniencia que habría en proponer á los poseedores de la Imagen la traslación de la misma á la iglesia parroquial, pues consideraba que en una casa particular *no*

era propio dar aquel culto público, en prevención de las supersticiones ó errores de doctrina que de esto podrían seguirse.

El Ilustrísimo Señor Obispo, tenía ya noticia de la extraordinaria veneración de que el Señor de los Milagros era objeto, y de los prodigios que Dios obraba en favor de los devotos que invocaban su protección por medio de la Santa Imagen; pues un día que iba de paseo con varios reverendos sacerdotes, al ver una multitud aglomerada junto á la consignada casa, preguntó el motivo de tan inusitada concurrencia en aquel sitio, siendo entonces enterado por sus acompañantes, de la existencia

del Cristo y demás detalles concernientes al culto que allí se celebraba.

Abundó, pues el Ilustrísimo Dr. Lué en la misma opinión del reverendo cura Ochogavía, respecto á la conveniencia de trasladar á la Parroquia de Ntra. Sra. del Socorro la Santa Imagen del Señor de los Milagros, y, en consecuencia, resolvió la autoridad eclesiástica comunicarlo á los poseedores de ésta, ordenándoles al mismo tiempo su entrega para el día que al efecto se señalara.

No sorprendió á los esposos Rivero esta orden, que esperaban ya desde tiempo atrás, pues, en repetidas ocasiones les había manifestado

particularmente su reverendo cura, el gusto con que vería instalada la Santa Imagen en la Parroquia, para darle el culto debido en condiciones más propias y adecuadas.

Mas no por esto dejó de ser desagradable y sensible para los poseedores, especialmente para la señora, tener que desprenderse de aquel Crucifijo milagroso, á costa de tanto afán y ferviente anhelo adquirido, y que había sido por algunos años objeto de sus constantes y solícitos cuidados; con todo, como buenos cristianos, acataron humildemente la orden superior del prelado, que les privaba de la prenda para ellos tan querida, en que tenían deposita-

da toda su fe religiosa y todo su amor y veneración de verdaderos creyentes.

De acuerdo, pues, con la autoridad eclesiástica, verificóse la traslación de la imagen del Señor de los Milagros á la Parroquia de Ntra. Sra. del Socorro, celebrándose este acto de un modo muy sencillo, en el año 1807, probablemente en el mes de Septiembre.



CULTO PRIMITIVO EN LA PARROQUIA

UNA vez trasladada á la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Socorro, la sagrada imagen del Señor de los Milagros fué colocada en un pequeño altar, formado por un nicho debajo del cual había una gradería destinada á los adornos y candeleros, situado éste, próximo al altar mayor en el lado correspondiente á la Epístola.

El reverendo cura Ochogavía, siguiendo la antigua costumbre de encomendar el cuidado de los altares á personas de religiosos antecedentes, distinguió á la señorita Juana Rodríguez, que fué más tarde señora Rodríguez de Mesa y madre de Doña Juana y Doña Ventura Mesa, con el honroso encargo de ser la primera cuidadora del altarcito destinado al Señor de los Milagros.

Y se explica perfectamente la predilección del reverendo párroco por la nombrada señorita Rodríguez, si se tiene en cuenta que en la distinguida familia de ésta se hallaba ya desde tiempo vinculada la más fer-

vorosa fe cristiana, de la cual dió con su generosidad buena prueba D. Alejandro del Valle.

Este señor, español de naturaleza y bisabuelo de la señorita mencionada, donó un terreno para edificar en él la Parroquia de Nuestra Señora del Socorro y la casa rectoral contigua, en el lugar que hoy mismo ocupan.

Aun cuando las ceremonias del culto público tributado al milagroso Crucifijo, no revestían la solemnidad y pompa que en tiempos posteriores, no era por eso menor la devoción y confianza que á los fieles inspiraba.

La pequeña iglesia de Nuestra

Señora del Socorro era muchas veces insuficiente para el gran número de devotos que en piadosa romería iban á prosternarse ante la Sagrada Imagen de Cristo, siendo la concurrencia tan extraordinaria en los días festivos que, por lo general, era materialmente imposible penetrar en el sagrado recinto.

Las repetidas muestras de filial amor y religiosa veneración de que cada vez más era objeto por parte de los fieles el Señor de los Milagros, llenaban de satisfacción el alma del reverendo cura Ochogavía, y le confirmaban en lo oportuna y conveniente que había sido la

traslación de la Sagrada Imagen.

Y deseando dar aún mayor impulso y normalizar en lo posible el culto, se compuso una especie de novena, cuyas oraciones fueron entresacadas del devocionario titulado Manual Cotidiano, la cual se rezaba por la mañana. Esta irregular novena empezó á celebrarse en el año 1822, siendo ya muy anciano el referido párroco.

Las gracias obtenidas de la Divina Providencia por la invocación del Señor de los Milagros, y la nueva ceremonia introducida en el culto público del mismo, con la impropia novena que se celebraba, contribuyeron eficazmente á que

fuera siempre en aumento la veneración del pueblo fiel: por la repetición de las primeras, veíase claramente el favor especial que Dios dispensaba á la Santa Imagen; con la segunda, se le proporcionaba un medio grato á su piedad religiosa de tributar en común aquel público homenaje de su fe cristiana.

De esta manera continuó la devoción del Santo Crucifijo, hasta que murió casi octogenario el reverendo cura párroco D. Manuel Ochogavía, en el año 1826, viniendo á ocupar la vacante por él dejada, el Pbro. Dr. Don Manuel de Mena.

Ninguna variación se introdujo, en el culto del Señor de los Mila-

gros, en la época en que fué párroco de Nuestra Señora del Socorro el mencionado Dr. Mena, continuándose sólo la celebración de la irregular novena instituída por su predecesor.

En los últimos años del curato del Dr. Mena, ó sea en 1831, la señora Juana Rodríguez de Mesa, que hasta entonces se había ocupado con solicitud verdaderamente piadosa en el cuidado y adorno del pequeño altar del Señor de los Milagros, tuvo que cesar, á causa de una enfermedad que le sobrevino, en el cargo que tan gustosa y prolijamente desempeñaba desde que se instaló en la Parroquia el Sagrado

Crucifijo, siendo nombrada para sustituirla la Sra. Doña Romana Araujo de Saldaña, perteneciente á una distinguida familia de la parroquia y nacida en la misma.

Murió el párroco Pbro. Dr. Don Manuel de Mena en el año 1834, entrando entonces á ocupar el curato de Nuestra Señora del Socorro, el Pbro. Dr. Don Juan Silveyra.

Inspirado este párroco en la noble y piadosa idea de propagar y aumentar la devoción hacia el Señor de los Milagros, y comprendiendo que eran insuficientes las manifestacionos del culto externo á éste tributado, pues solamente se celebraba la irregular novena com-

puesta en tiempo del cura doctor Ochogovía; resolvió instituir una fiesta en honor de la Sagrada Imagen.

Esta fiesta, que no revestía la formalidad necesaria por carecer de los requisitos canónicos indispensables, empezó á celebrarse el año 1836, siendo el domingo siguiente al 14 de Septiembre, en que la Santa Iglesia Católica conmemora la Exaltación de la Cruz, el día destinado para esta solemnidad.

Con esta nueva ceremonia religiosa, el culto del Señor de los Milagros constaba ya de dos manifestaciones externas, aunque irregulares bajo el punto de vista ca-

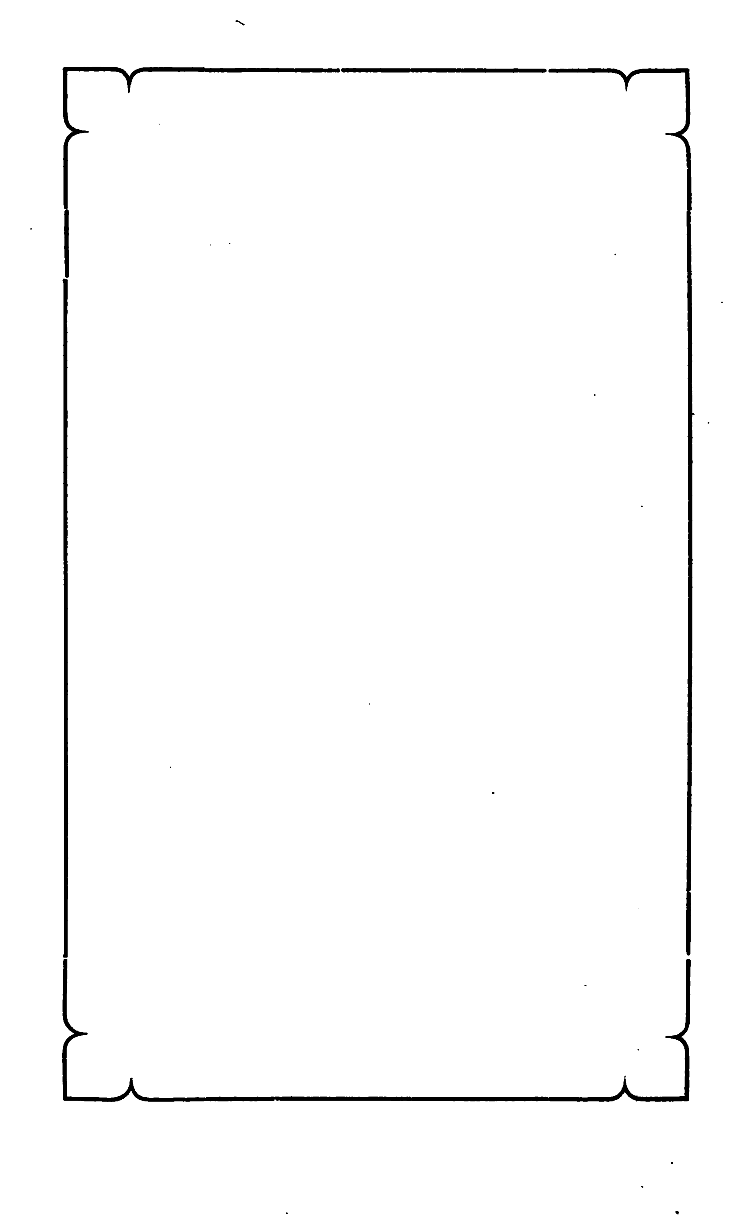
nónico: la primera, ó sea la novena, debida, como sabemos, al celo sacerdotal del cura Dr. Ochogavía, y la fiesta, según acabamos de ver, al del párroco Dr. Silveyra.

Además, el expresado párroco dispuso la celebración del santo sacrificio de la Misa en el altarcito del Señor de los Milagros, lo que hasta entonces no se había realizado.

La multitud de devotos visitantes demostraba de un modo palpable que no menguaba el amor y devoción del pueblo fiel hacia el Santo Crucifijo, y el acierto y oportunidad del cura Dr. Silveyra, al instituir una fiesta en honor del Señor de los Milagros.

Sin otras novedades referentes al culto de la venerada Imagen que nos ocupa, concluyó el curato del Dr. Don Juan Silveyra en el año 1846, fecha en que éste murió.





CULTO CANÓNICO

AL

SEÑOR DE LOS MILAGROS

L día 4 de Enero del año 1848 tomo posesión del cargo de cura párroco de Nuestra Señora del Socorro el Pbro. Dr. Don Francisco L. Villar.

Este sacerdote reunía á una ilustración nada común la más acrisolada virtud; hermanábanse en él la iniciativa más vigorosa con la más

infatigable actividad, la prudencia y tacto más exquisito con la más constante perseverancia, y la más acendrada caridad con el sacrificio y abnegación de que dió pruebas en toda su vida y con su misma muerte.

A él se deben muchas é importantes mejoras realizadas en la Parroquia; y puede asegurarse que su curato ha sido uno de los más fecundos, tanto espiritual como materialmente.

En el mismo año de hacerse cargo de su feligresía, escribió una novena en honor del Señor de los Milagros, cuyas oraciones entresacó de otra dedicada al Santo Cristo del Milagro que se venera en la ciudad de Salta,

que le fué facilitada por la señora Jesús Carol de Vega, de aquella provincia; siendo dicha novena modificada por el actual cura canónigo honorario Sr. Casas, la misma que hoy se reza. Además, dispuso el párroco Dr. Villar que esta devoción tuviese lugar por la noche, en vez de por la mañana como se venía haciendo.

Como la población de la parroquia de Nuestra Señora del Socorro había aumentado de un modo considerable, y la iglesia entonces existente era incapaz para contener al vecindario, á cuya concurrencia se agregaba el gran número de fieles que acudían á visitar la santa ima-

gen del Señor de los Milagros, resolvió el reverendo cura Dr. Villar darle mayor extensión y condiciones arquitectónicas en harmonía con la importancia de aquel barrio.

Ya anteriormente, en época que no es dable precisar, se había comenzado la reedificación del templo para su ensanche, pues el año 1851 se veían en la parte externa y posterior del mismo, algunos cimientos que sobresalían bastante del nivel del suelo; mas, por causas que son también desconocidas, fué interrumpida la obra cuya realización estaba reservada al Dr. Villar.

De acuerdo, pues, este con su idea, y previa la correspondiente aproba-

ción de la autoridad eclesiástica, nombró una comisión encargada de recolectar fondos y correr con todo lo concerniente al proyectado ensanche de la iglesia, compuesta de varias personas respetables y pudientes del vecindario, cuyos nombres son los siguientes:

Dr. D. Francisco L. Villar, cura párroco
» Juan Bautista Estrada
Dr. » Lorenzo Torres
» Antonio Torres
» Tadeo Canaval
» F. Blanco
» Juan Araujo

La pequeña iglesia parroquial de Nuestra Señora del Socorro, que tenía entonces lo comprendido actualmente desde la puerta hasta el

tercer arco inclusive, y que contenía solamente cuatro altares, que eran, el mayor, reparado posteriormente, que es hoy de la Concepción, el de Santa Bárbara, el del Carmen y el altarcito del Señor de los Milagros, fué, gracias á la generosa solicitud y constantes desvelos de la mencionada junta, notablemente ensanchada, edificándose la nave central, desde el tercer arco, antes existente, hasta el crucero inclusive,

A la terminación de esta obra. verificóse su inauguración con una ceremonia religiosa, que tuvo lugar el día 2 de Febrero de 1855, colocándose además en la sacristía una lápida conmemorativa en que cons-

taban los nombres de los miembros de la junta reedificadora.

Construyóse también entonces el altar de San José, donde fué trasladada la imagen del Señor de los Milagros; y probablemente en esta época se pusieron en los brazos de la cruz del Cristo los adornos de plata de que anteriormente carecía.

La fiesta del Señor de los Milagros, que, en tiempo del cura doctor Silveyra, no se celebraba con regularidad el día asignado, postergándose á causa de la lluvia ó por otros motivos, fué siempre solemnizada por el Dr. Villar en la fecha señalada á este efecto, ó sea el Domingo subsiguiente al 14 de Septiembre.

En vista del sinnúmero de gracias obtenidas por intercesión del Señor de los Milagros y del gran concurso de fieles que asistía á la fiesta del mismo, el Ilustrísimo y Reverendísimo Dr. Don Mariano de Escalada, primer Arzobispo de Buenos Aires, movido de su celo apostólico, manifestó al Dr. Villar lo agradable que le sería pidiera á la Corte Pontificia la institución canónica de la fiesta de dicha Imagen.

En consecuencia, el expresado señor cura hizo la correspondiente solicitud; y el inmortal Papa Pío IX, de gloriosa memoria, expidió el Breve accediendo á esta petición, con fecha 7 de Abril de 1855.

El Sumo Pontífice autorizaba en el citado Breve, que la fiesta en honor del Señor de los Milagros fuese celebrada el día mismo 14 de Septiembre, ó el Domingo inmediato, según creyese oportuno la autoridad eclesiástica de ésta; y, á fin de darle aún mayor solemnidad, pospuso á este otros dos días de fiesta dedicados, el primero, á Nuestra Señora del Socorro, patrona de la Parroquia, y el segundo, el Santísimo Sacramento, estableciéndose también entonces las cuarenta horas.

El Prelado puso el correspondiente *exequatur* á dicho Breve, el día 18 de Agosto de 1855, con lo cual quedó

instituida definitiva y formalmente la fiesta del Señor de los Milagros.

La extraordinaria concurrencia de fieles que acudía á la iglesia de Nuestra Señora del Socorro para asistir á la novena de la Santa Imagen, llenaba no solamente el templo sino tambien el atrio, lo que redundaba muchas veces en detrimento de la reverencia y recogimiento propio de las solemnidades religiosas, motivo por el cual la curia eclesiástica dispuso la celebración de la novena en la mañana, como en los primeros tiempos. Esta disposición se hizo también extensiva á las novenas de Nuestra Señora de la Mer-

ced y Nuestra Señora del Rosario donde la aglomeración era también excesiva.

Las grandes mejoras materiales verificadas en la iglesia de Nuestra Señora del Socorro, la mayor solemnidad y esplendor del formal culto tributado al Señor de los Milagros, y la infinidad de gracias obtenidas del cielo por su divina intercesión, hicieron que cada día aumentase más y más el amor y veneración de los fieles hacia el mismo, durante el floreciente curato del Pbro. Dr. Villar, cesando éste en su cargo de párroco de Nuestra Señora del Socorro, el día 3 de Enero de 1863, por haber sido nombrado para ocupar

una canongía en la Iglesia Metropolitana.

Por más que no atañe á la historia que nos ocupa, es digna de consignarse la muerte de este ejemplar y virtuoso sacerdote.

El cariño y cristiano amor que conservó siempre el Dr. Villar á sus antiguos feligreses, hizo que, á pesar de no tener ya la cura de almas de los mismos durante la epidemia de fiebre amarilla que asoló Buenos Aires en el año 1871, corriera en alas de su celo sacerdotal á prodigar á los moribundos los úlitmos consuelos y auxilios espirituales de nuestra santa religión, en cuya penosa ocupación se contaminó de la

terrible enfermedad de que había de ser víctima.

Así murió el canómigo Dr. Don Francisco L. Villar como un verdadero apóstol de la fe de Cristo, que, por amor á sus hermanos, sacrifica abnegadamente su propia vida.

Vino á llenar la vacante de párroco de Nuestra Señora del Socorro, el Pbro. Don Pedro de San Pedro, que tomó posesión del curato en el mismo mes que había cesado su predecesor Dr. Villar.

En los diez años transcurridos desde que se efectuó el ensanche de la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Socorro, el número de

habitantes de aquel vecindario había experimentado un notable aumento; así que, el cura Pbro. señor San Pedro, al poco tiempo de hacerse cargo de su Parroquia, emprendió una nueva é importante obra, consistente en la edificación de las dos naves laterales del templo.

Y como con las naves agregadas resultaba la Iglesia de mayor amplitud, hacíase aún más visible la desproporción de su altura, y para subsanar este defecto, dando al templo las debidas proporciones, hizo el Cura rebajar el piso del mismo un metro ó poco más.

Después de terminadas estas

obras, y deseando el cura señor San Pedro contribuir también por su parte á la prosperidad y florecimiento del culto tributado al Señor de los Milagros, introdujo en él una nueva ceremonia religiosa de que había carecido hasta aquella fecha, consistente en la celebración de las vísperas, que tuvo lugar por primera vez en el año 1866.

Gracias á la actividad y piadoso celo de los diferentes curas que se habían sucedido en la parroquia de Nuestra Señora del Socorro, desde que á ella fué trasladada la imagen del Señor de los Milagros, vemos aumentar progresivamente el culto tributado á este, no sólo por el nú-

mero de sus solemnidades, sino por la formalidad y pompa con que se celebraban.

Y á este progreso y florecimiento del culto público, correspondió, como lógica consecuencia, la mayor propagación de la fe y ferviente amor de los devotos del venerado Crucifijo. Son de ello testimonio irrecusable la gran cantidad de ex-votos y piadosas ofrendas que, desde esta época y especialmente desde 1870 en adelante, han donado los fieles.

Terminó el curato del Pbro. Don Pedro de San Pedro en el mes de Abril de 1871 en que fué trasladado con el mismo cargo á la parro-

quia de Nuestra Señora de Monserrat, siendo sustituido por el actual párroco, canónigo honorario Don José Apolinario de Casas.



ULTIMA ÉPOCA

Aunque los hechos contemporáneos no tienen, al parecer, razón de figurar en la historia por ser ya conocidos de todos, no por eso es dable el prescindir de ellos, puesto que, en estas cuestiones, debe tenerse las miras en lo porvenir tanto ó más que en lo presente, pues los acontecimientos de ahora serán para las futuras generaciones, la historia de la época presente.

Tal es el motivo de haber incluído en esta obrita los progresos realizados durante el curato del actual párroco de Nuestra Señora del Socorro, canónigo honorario, D. José Apolinario de Casas, á trueque de molestar en algo su modestia.

Cuando dicho señor cura tomó posesión de su Parroquia, el Señor de los Milagros no tenía, como se sabe, altar propio, estando aún en el de San José; siendo hasta cierto punto desdoroso, que una imagen, objeto de tanta veneración por parte de los fieles y á la que tan solemne y aparatoso culto se tributaba, ocupase un sitio secundario en un altar destinado á otro santo.

Así lo creyó también el párroco entrante, y en consecuencia resolvió construir otro para el mencionado Crucifijo, y á este fin contrató uno á plazos con un artífice competente.

Era la idea del reverendo cura recolectar entre las familias piadosas los fondos precisos para hacer efectivo el importe del altar; y con este objeto fué primeramente á visitar á la cristiana y virtuosa señora Inés Indarte de Dorrego, la cual, inspirada de la más providencial generosidad, donó la cantidad de diez mil pesos moneda corriente, ó sea aproximadamente el total costo, completando fácilmente el resto entre otras personas.

Reunida ya la cantidad necesaria para el pago del altar, procedióse á su construcción con la mayor actividad posible, y, después de terminado, se colocó inmediatamente en el lugar que hoy ocupa, instalándose en él la imagen del Señor de los Milagros.

Con motivo de su inauguración, el día 1º de Julio de 1871, celebróse en él una misa oficiada por el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Buenos Aires, Dr. Don Federico León Aneiros; y, con el fin de dar más importancia al nuevo altar y para mayor devoción y recogimiento de los fieles, fué trasladado al mismo el Santísimo Sa-

cramento, verificándose dicha ceremonia al terminar esta sencilla función.

En el propio año de 1871, deseando el señor Cura dar á la fiesta del Señor de los Milagros mayor brillo y esplendor, empezó á nombrar, como ha seguido haciéndolo desde entonces todos los años, una mayordoma de la Santa Imagen, que contribuyese á sufragar la mayor parte de los gastos de tal solemnidad, á cuyo efecto él mismo indica á las señoras la limosna que se ha de dar.

En el transcurso de estos años, han figurado en el honroso cargo mencionado, señoras de las más

distinguidas y religiosas familias de Buenos Aires, como puede ver el lector por la nómina que de las mismas va á continuación:

Sra. Inés Indarte de Dorrego.
» Justa Villanueva de Armstrong.
» Petronila Rodríguez.
» Juana Tejedor de Obligado.
» Isabel Obligado.
» Felipa Segismundo de Laprida.
» Victoria Segismundo de Esperón.
» Justa Lima de Atucha.
» Clara G. de Z. de Anchorena.
» Augusta Gondra de Estrada.
» Clara Ocampo de Cobo.
» Emma Armstrong.
» Gregoria Marcó del Pont.
» Josefa García de Lagos.
» María Vivar de Unzué.

Sra. Isabel Armstrong de Elortondo.
» Mercedes de Oromí.
» Elena Esteves de Estrada.
» María Eugenia A. de Hueyo.
» Flora Labougle de Zorrilla.
» Elisa Bonorino de Rivas.
Sta. Mauricia Iraola.

Las Sras. de Unzué son las designadas este año para el honroso cargo de mayordomas.

Á la buena idea del párroco señor Casas, estableciendo esta piadosa mayordomía, y á la noble generosidad de las damas antes nombradas, se debe la magnificencia y pompa con que se ha celebrado en estos años la fiesta del Señor de los Milagros, ocupando en ella la cáte-

dra del Espíritu Santo los más notables y elocuentes oradores sagrados de la Capital y de otros puntos, y las primeras dignidades eclesiásticas de la Archidiócesis, entre las que figura el mismo Señor Arzobispo Doctor Aneiros.

El Apostolado de la Oración, cuyos benéficos resultados espirituales son tan conocidos, y que, debido á esto, ha tomado tanto incremento en estos últimos años, fué instituído ya por el Cura señor Casas, en su Parroquia, en Octubre del año 1871.

Con el fin de propagar aún más la devoción del Señor de los Milagros, el nombrado señor Párroco solicitó y obtuvo en el año 1872 un

Breve de la Curia Romana, por el cual se concedió el título de « altar privilegiado perpétuo » con todas las gracias y prerrogativas consiguientes, al en que se venera dicha Sagrada Imagen.

En 1873 falleció la Sra. Romana Araujo de Saldaña, que, en 1835, según se ha indicado, fué encargada por el Dr. Mena del arreglo y ornato del altar del Señor de los Milagros, cargo que desempeñó durante el largo período de treinta y ocho años consecutivos con toda la prolijidad é incesantes desvelos propios del alma cristiana, que quiere hacerse agradable á Dios.

A la muerte de esta, fué nombra-

da para sustituirla en tan honrosa tarea su sobrina política, Sra. Carmen Reissig de Araujo, que es la tercera cuidadora del altar, y que aún hoy desempeña este puesto de un modo digno y satisfactorio.

Como la sacristía entonces existente no bastase á llenar las necesidades de la Parroquia de Nuestra Señora del Socorro, el señor Pbro. Casas la hizo reedificar, dándola mayor amplitud y todas las condiciones de comodidad apetecibles, en el año 1874.

También, en este mismo año, introdujo este párroco algunas modificaciones muy oportunas, tanto en el fondo como en la forma, á la no-

vena del Señor de los Milagros, anteriormente escrita en tiempo del reverendo cura Dr. Villar, siendo esta novena la misma que actualmente se reza.

En el año 1878, se hizo el estucado de las paredes interiores de la iglesia de Nuestra Señora del Socorro; y, en 1880, pintáronse al óleo los cuadros religiosos que decoran el techo de la nave principal de la misma.

El año 1887 fué también para el reverendo cura señor Casas de incesante y fructífera labor: en él estableció la comunión general de cada segundo sábado de mes para la Congregación del Corazón de

María, cuyo Breve había obtenido ya anteriormente; en él renovó el altar del Señor de los Milagros, dándole mayores dimensiones y más bellas condiciones artísticas, siendo este inaugurado con una solemne misa oficiada por el mismo párroco, á la que se invitó á las personas que piadosamente habían contribuído á sufragar los gastos de la obra; y en él, finalmente, sustituyóse el antiguo piso de sencillas baldosas del templo parroquial por el de mosáico que actualmente tiene.

Cuando en 1889 celebró el reverendo párroco Pbro. Don José Apolinario de Casas las bodas de plata de su consagración sacerdotal,

resolvió dedicar al Señor de los Milagros un objeto de arte, para conmemorar este fausto acontecimiento de su vida eclesiástica.

La gran cantidad de ex-votos de plata, ofrecidos á la Santa Imagen en el transcurso de muchos años, que se habían ido acumulando y no tenían aplicación alguna directa, sugirió al reverendo señor Casas el pensamiento de hacer fabricar con ellos una magnífica peana sobre que descansara la sagrada cruz en los días de gran solemnidad.

Muchas distinguidas señoras que tuvieron conocimiento de este proyecto, quisieron contribuir á la realización del mismo, á cuyo fin do-

naron joyas y piedras de gran valor.

Con tan valiosos elementos se fabricó, pues, la riquísima y artística peana de plata y pedrería en que se coloca la Cruz del Señor de los Milagros en las grandes festividades, la cual se estrenó el día 23 de Diciembre del antes expresado año de 1889 celebrándose, en los días anteriores á esta función, una novena que estuvo en extremo concurrida.

A la Congregación del Corazón de Jesús, fundada en 1871, le fué agregada en 1891 la del Señor de los Milagros, estableciéndose de un modo formal y con estatutos propios, por cuyo motivo tuvo lugar

el día 21 de Diciembre de este año, una solemnidad religiosa en la cual ocupó la cátedra del Espíritu Santo el distinguido orador Reverendo Padre Oñate de las Escuelas Pías, recién llegado entonces de España.

Esta congregación celebra anualmente tres comuniones generales extraordinarias, que tienen lugar en 3 de Mayo, 16 de Julio y 14 de Septiembre, ó sea en los días que la Iglesia conmemora las fiestas de la Invención, del Triunfo, y de la Exaltación de la Santa Cruz, habiéndose ya hecho mención, en la primera parte, del origen de algunas de estas solemnidades.

En este mismo año de 1891, se

fundó la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, cuya advocación de la Virgen es objeto de universal devoción, por ser la abogada de las benditas almas del purgatorio.

Las medallas, que tienen estampadas la imagen del Señor de los Milagros en su anverso, y el Sagrado Corazón de María en el reverso, y que actualmente circulan aún, fueron acuñadas por primera vez en 1892, siendo muy bien recibidas por los fieles.

Y, finalmente, el día del Patrocinio de San José, de este mismo año, se ha estrenado, en esta Parroquia de Nuestra Señora del Socorro, un espléndido órgano, que es sin dispu-

ta, según opinión de los maestros que lo examinaron á su terminación, el mejor de la República, excepción hecha del de la Santa Metropolitana de esta ciudad.

Este órgano, destinado única y exclusivamente para las funciones religiosas del Señor de los Milagros, ha sido costeado con limosnas recogidas á este efecto entre familias piadosas.

Además, durante el largo transcurso de veinte y tres años, el dicho párroco Sr. Casas ha procurado á toda costa dotar á su iglesia de toda clase de ornamentos y objetos para el culto, entre los que merecen especial mención varias imágenes proce-

dentes de España, cuya ejecución artística y mística expresión son universalmente admiradas, así como el hermosísimo terno y cíngulos de seda bordados en oro, fabricados en uno de los talleres más notables de Valencia, ciudad muy conocida por todos los inteligentes en ricas sederías.

También las ceremonias religiosas que se practican en la Parroquia han sido notablemente aumentadas en este período, pues, sin contar las ya anteriormente citadas, se celebra el Mes del Corazón de Jesús, el Mes de María, la Vía Crucis todos los Viernes, la novena de San Vicente de Paúl y otras devociones que en

los tiempos precedentes no existían.

Evidentes son, pues, los muchos é importantes adelantos, así espirituales como materiales, realizados por el actual cura de Nuestra Señora del Socorro en su Parroquia; y si bien es cierto que, en estos últimos, han influído poderosamente las favorables circunstancias de prosperidad porque el país ha atravesado en el último decenio, es con todo digno de encomio el atinado celo con que el Pbro. Sr. Casas ha sabido aprovecharlas para mayor gloria de Dios y en bien de las almas.

Y, finalmente, no queremos concluir este Capítulo sin antes cons-

tatar la religiosidad y desprendimiento de las familias piadosas que, desde 21 de Mayo de 1871 hasta la fecha, han donado las cantidades con las cuales el Rdo. Sr. Casas ha podido llevar á cabo las importantes mejoras mencionadas, y que ascienden á las respetables sumas siguientes: 630.462 $ m/c y 22,351.75 pesos m/n.



GRACIAS OBTENIDAS

POR LA INVOCACIÓN

DEL SEÑOR DE LOS MILAGROS

Innumerables son los beneficios obtenidos por los fieles que han invocado al Señor de los Milagros, en el largo transcurso de tiempo que esta imagen es objeto de veneración y culto; y aún cuando estos hechos no revisten por lo general las circunstancias prodigiosas que puedan darles el carácter

de verdaderos milagros, son una evidente prueba de lo grata que es á Dios la devoción de este Sagrado Crucifijo.

No obstante, en la acepción que vulgarmente se da á la palabra «milagro» pueden ser incluídos los beneficios que vamos á exponer.

No haremos aquí mención del caso del soldado Fernández, cuya providencial salvación de la pena que debía sufrir es ya conocida por haberse publicado en el «Almanaque de la Conferencia de Señoras de San Vicente de Paúl de la Iglesia del Socorro» correspondiente á este mismo año: citaremos otros.

En el año 1887, hallábase postra-

da en cama á causa de la fractura de una pierna, una persona devota del Señor de los Milagros.

Imploró de éste en sus oraciones la salud perdida, y operándose en su naturaleza una favorable reacción, que cambió el curso de la dolencia que le aquejaba, logró un pronto y completo restablecimiento contra las previsiones de la ciencia, que le auguraba una larga y penosa convalecencia.

En acción de gracias por este singular beneficio, celebróse en el altar de la expresada Imagen, una misa cantada, que ofició el Pbro. Don Andrés Iturralde, actual cura de Chivilcoy, quien pronunció además

un hermoso discurso sobre los prodigios de la fe, y los inefables consuelos que en las adversidades encuentra el cristiano asiéndose de esta tabla salvadora.

En 1888 presentóse al Señor de los Milagros, una bella y delicadísima ofrenda, cuya donante manifestó que, gracias á la invocación hecha á la Sagrada Imagen, un hijo que sufría una grave enfermedad mental, y en cuyo restablecimiento no se abrigaba ya esperanza alguna, pues la ciencia habíase declarado impotente en absoluto, logró su completa curación en poco tiempo.

De los tres hechos precedentes

ha sido, puede decirse, testigo ocular el autor de esta obrita, que en esta época desempeñaba el cargo de teniente cura en la Parroquia de Nuestra Señora del Socorro.

En el año 1878, vivía en la calle de Rivadavia, entre Pasco y Pichincha, un señor E. V. cuyos medios de subsistencia eran bien escasos; y hallándose sin empleo, carecía casi de lo necesario para el sustento de su familia.

Con el fin de salir de tan precaria situación, buscaba entre sus relaciones algún destino en que emplear sus aptitudes y actividad; y uno de sus amigos facilitóle una tarjeta de recomendación para un caballe-

ro domiciliado en la parroquia de Nuestra Señora del Socorro.

Munido de la expresada tarjeta, presentóse el Sr. E. V. en la casa de la persona á quien iba recomendado, y, cuando al llamar á la puerta se presentó el sirviente á abrirle, le interrogó aquel sobre si se hallaba el señor en casa, contestando desde las piezas interiores una voz que dijo: « no está ».

Creyó el Sr. E. V. que la voz oída por él era la de la misma persona de quien esperaba el favor y que no había querido recibirle, lo cual le proporcionaba la desagradable decepción de ver fallidas las esperanzas halagüeñas, que en la recomen-

dación de su buen amigo hubiera fundado.

Retiróse, pues, de aquella casa desanimado y triste, y al estar en la calle, viendo que ya en la tierra no encontraba consuelo á sus angustias, elevó al cielo su alma cristiana en demanda del divino auxilio.

Acordóse entonces de que en la Parroquia de Nuestra Señora del Socorro, poco distante para él en aquel momento, estaba el Señor de los Milagros, que tantos infortunios había aliviado y de tantas tribulaciones y desgracias había sido consuelo.

Dirigió sus pasos al indicado templo, y posternóse lleno de fe y

confianza ante la expresada imagen del Señor Crucificado, y allí oró fervorosamente por espacio de veinte minutos para que Dios se compadeciese de él.

Reanimado su espíritu con el bálsamo saludable de aquella oración, salió del templo, y encaminóse nuevamente á visitar al señor á quien iba recomendado, pero llevando aún en el alma un resto de duda sobre si sería ó no atendido.

Inmediatamente de llamar, fué el Sr. E. V. introducido por el sirviente en una pieza de la casa; y, presentándose en seguida la persona á quien buscaba, preguntóle con el mayor interés y bondad sobre la

clase de empleo que pudiese desempeñar, y, en vista de lo contestado por el solicitante, replicóle su interlocutor: « está bien; desde mañana puede Vd. ir al escritorio », asignándole al mismo tiempo una retribución con que pudiese atender holgadamente y con decencia al sostén de su familia.

Este hecho es rigurosamente verídico, y fué referido personalmente al autor por el mismo interesado, que lo atribuyó con toda la fe á su invocación al Señor de los Milagros.

La serie de hechos análogos á los narrados que podrían citarse, es interminable; pero como este librito

será leído, en general, por personas piadosas y devotas, basta y sobra con los expuestos.

Mas, como hoy por desgracia nos hallamos en una época de crítica racional, y por ciertas personas no se acepta ningún hecho sin haberlo antes depurado en el crisol de la lógica, bueno es prevenirse con tiempo contra las objeciones que puedan hacerse á esos que las personas religiosas consideramos como beneficios especiales del cielo.

Posible es, pues, que esta obra caiga en manos de algún incrédulo, de esos que enfáticamente se titulan espíritus fuertes, y para quienes la duda y la razón filosófica son el

único criterio, y para los cuales la fe religiosa y la piedad cristiana son inutilidades ridículas á propósito para entretener niños y mujeres, en cuyo caso, si por casualidad ó mala intención tal vez la leyere, fácil y hasta probable es que deje escapar de sus labios, al pasar los ojos por este capítulo, esta ó parecida exclamación «¡qué cándidos son estos beatos!» acompañándola al mismo tiempo de esa sonrisita que les es peculiar, mezcla indefinible de burla, desprecio y compasiva lástima.

Pues bien: necesario es probar á estos señores, lógica y racionalmente, ya que tan aficionados son á

estas pruebas, que el *atribuir á una imagen el buen éxito en algún asunto que reviste circunstancias excepcionales* NO ES CANDIDEZ PROPIA DE BEATOS.

Efectivamente: siempre que en el orden físico vemos producirse simultáneamente, ó uno á continuación de otro, dos fenómenos, aunque científicamente no conozcamos el enlace que entre ellos puede haber, suponemos que hay relación entre los mismos; y raras son las veces en que esta hipótesis no se ve confirmada, cuando investigamos concienzudamente las causas y efectos de los fenómenos en cuestión.

Y si esto sucede, como acabamos de ver, en el orden puramente ma-

terial ¿habrá razón alguna que lo impida en los otros órdenes metafísico y teológico? Lógicamente nó.

Si vemos, pues, que á la invocación del Señor de los Milagros se han seguido repetidas veces el favorable resultado de cualquier empresa ó la curación prodigiosa de cualquier enfermedad ¿por qué no hemos de suponer relatividad entre la petición y el logro de lo pedido? No hay razón ninguna en contrario, antes bien todo nos induce á ello.

Claro es, pues, que estas supuestas candideces de los beatos no son tales, y si así fuesen consideradas aún despues de lo dicho, podíase oponer á ellas las otras en que los sabios

fundan muchas de sus teorías científicas, pues siéndoles desconocida la esencia íntima de las cosas, han de juzgar de ellas solamente por sus efectos.

Si todavía ahora continúa el presunto lector, en su pertinaz negativa, respecto á la intervención divina en los beneficios logrados por los fieles invocantes de ciertas imágenes sagradas, se podrá decir de él, con sobrada razón, aquellas palabras de la Escritura: «tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen».

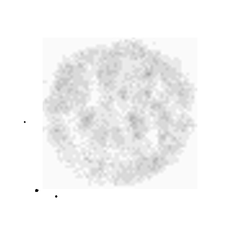
Nosotros, los que gracias á la bondad de Dios consideramos estas cuestiones bajo el aspecto religioso que realmente tienen, podemos con-

siderarnos dichosísimos de poseer esa fe, tesoro inapreciable, causa de los mayores prodigios y de las más sublimes heroicidades; esa esperanza en Dios que nos conforta en las adversidades y miserias de la vida; y esa caridad santa y abnegada que nos hace considerar á los demás hombres como hermanos nuestros, y nos impele á verificar en provecho de los mismos todos los sacrificios imaginables, incluso el de la propia vida.

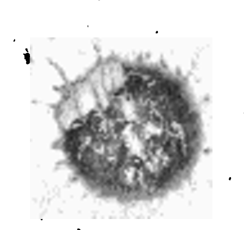
Inspirados, pues, en esta caridad cristiana, réstanos ya solamente implorar de la Providencia Divina que ilumine el entendimiento de todos los incrédulos é impíos, invocando

á este fin la en esta Ciudad tan venerada imagen de Jesús crucificado, para que, siendo atendida nuestra petición, podamos decir que se ha operado un nuevo y gran prodigio entre los muchos alcanzados por la advocación del SEÑOR DE LOS MILAGROS.

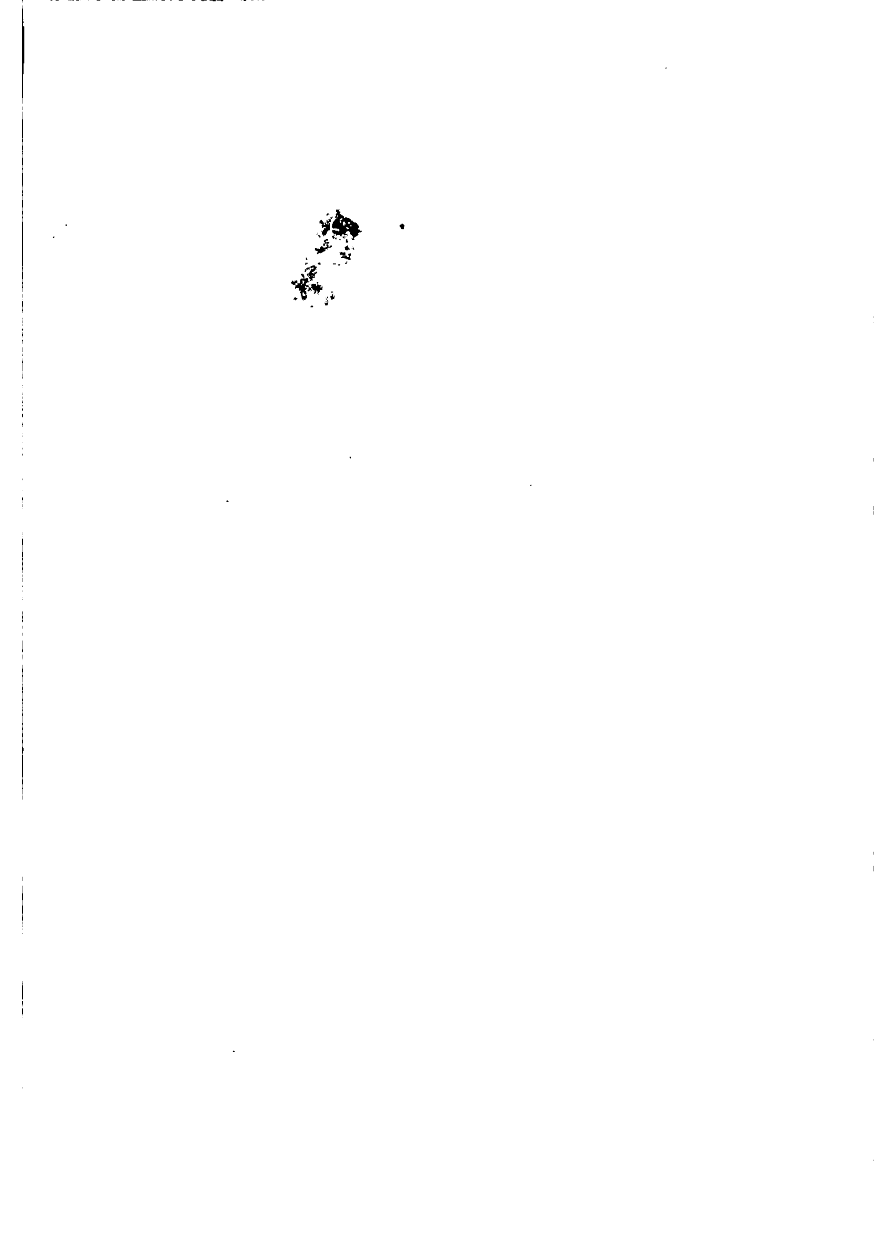


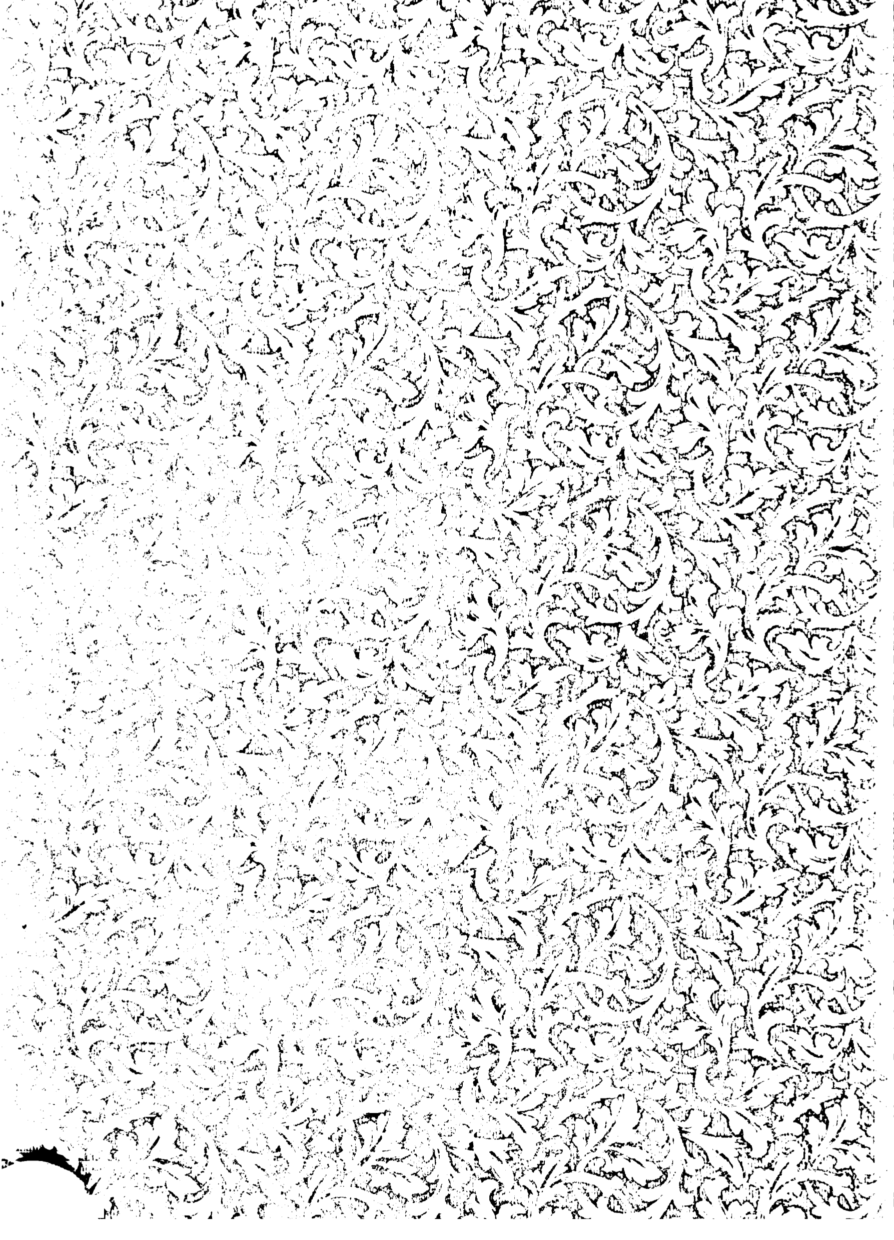


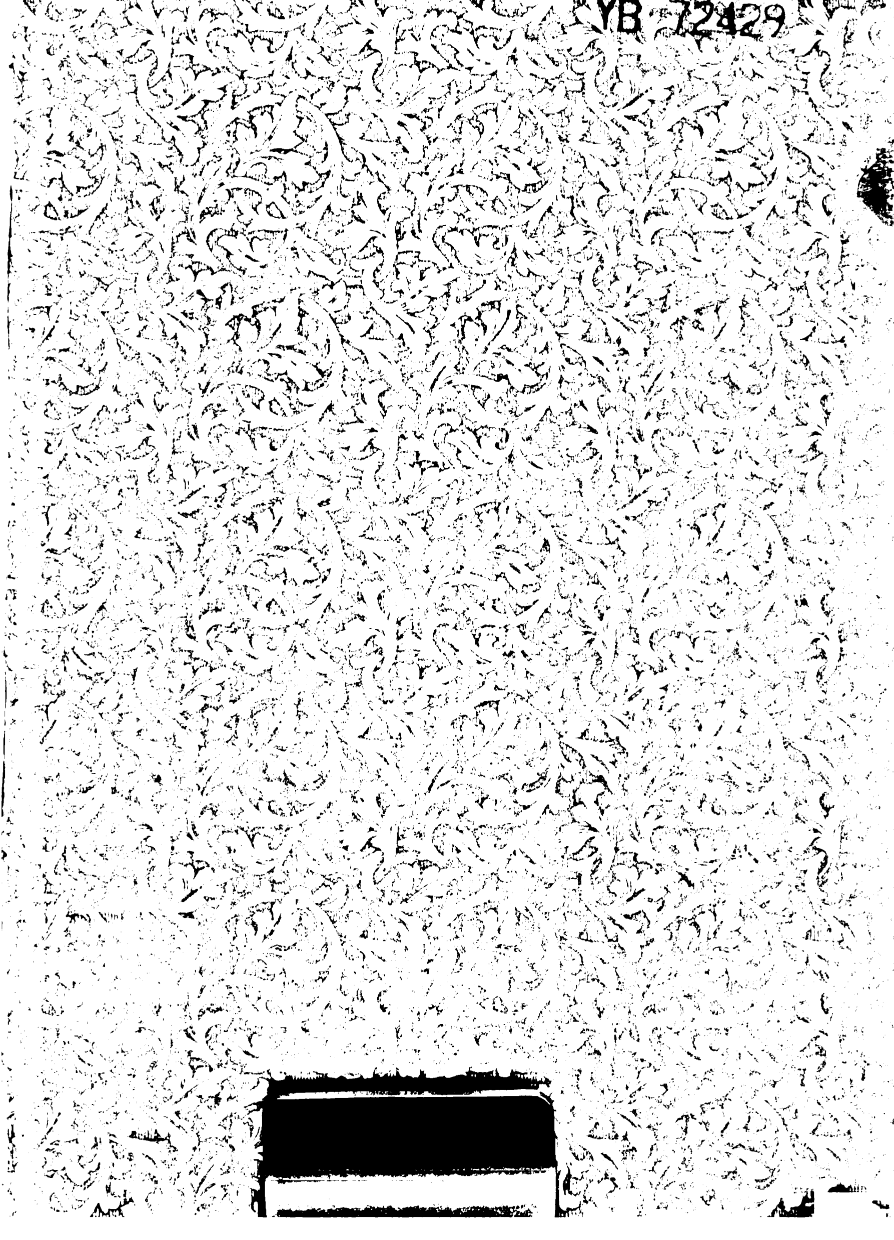











YB 72429

